Nomadismo digital y sus paradojas: Entre la promesa de libertad y la desigualdad estructural

Ángela Serna Puerto

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga.

Tutor

Jonathan Echeverri Zuluaga, Doctor (PhD) en Antropología

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Antropología

Medellín, Antioquia, Colombia

2025

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
1803

Cita	(Serna Puerto, 2025)
Referencia **Estilo APA 7 (2020)**	Serna Puerto. A (2025). Nomadismo digital y sus paradojas: Entre la promesa de libertad y la desigualdad estructural [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.







CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: http://bibliotecadigital.udea.edu.co

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decana/Directora: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Javier Rosique Gracia.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mi madre, por ser mi raíz y mi impulso.
A mi padre, por enseñarme a creer incluso cuando todo parecía incierto.
Y a mí, por no soltarme incluso cuando dudé.

Agradecimientos

A mi família, por sostenerme en todos mis caminos, incluso en aquellos que no comprendieron del todo, pero apoyaron con amor incondicional.

A quienes me acompañaron en este viaje académico y personal, y me inspiraron con sus preguntas, silencios y miradas en el camino del nomadismo y la búsqueda de libertad.

A mis interlocutores, por estar dispuestos a abrirme las puertas de sus vidas y compartir conmigo sus historias, pensamientos y formas de vivir y sentir la movilidad. Este trabajo no existiría sin su generosidad y confianza.

A mi asesor de tesis, por su paciencia y por sostenerme con firmeza en los momentos de mayor incertidumbre académica y personal, cuando pensé que no lograría llegar hasta aquí.

A la Universidad de Antioquia, a su Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, y al conjunto de profesoras y profesores que, con su entrega, exigencia y pasión por el conocimiento, me ofrecieron las herramientas teóricas y humanas para construir este camino.

Tabla de contenido

Resumen....6

Abstract....7

Introducción....8

1. Capítulo I: Mapas del deseo: Una etnografía de las motivaciones del nomadismo digital....18

2. Capitulo II: El reloj de un nómada digital....31

3. Capitulo III: Pasaportes, privilegios y paradojas....42

4. Capítulo IV: La nación nómada digital....58

   4.1. Movilidad, comunidad y mundo virtual: Configuración de la identidad nómada digital 59

   4.2. El consumo como eje estructurante de la identidad nómada digital.....66

   4.3. Género y desigualdades dentro de la comunidad nómada digital....68

   4.4. Tensiones entre la igualdad idealizada y las desigualdades reales....70

Conclusiones: entre el deseo de libertad y las fronteras invisibles....73

Referencias....76

Siglas, acrónimos y abreviaturas

APA	American Psychological Association
ERIC	Education Resources Information Center
Esp.	Especialista
MP	Magistrado Ponente
MSc	Magister Scientiae
Párr.	Párrafo
PhD	Philosophiae Doctor
PBQ-SF	Personality Belief Questionnaire Short Form
PostDoc	PostDoctor
UdeA	Universidad de Antioqua

Resumen

Esta investigación explora el fenómeno del nomadismo digital desde una mirada antropológica, situando a los nómadas digitales como sujetos que habitan y recorren el mundo movilizados por discursos de libertad y realización personal. A través de un trabajo etnográfico de carácter multisituado en Tulum (México) y Medellín (Colombia), se analizan las formas en que se construye la nación nómada, las desigualdades geopolíticas que atraviesan su experiencia, y las tensiones entre privilegio y precariedad. La metodología combinó observación participante, entrevistas semiestructuradas, autoetnografía y análisis digital, complementada con una revisión documental y bibliográfica de enfoques teóricos desde la antropología, la sociología y la filosofía política. El estudio muestra cómo el nomadismo digital se configura como una práctica anclada en estructuras desiguales de movilidad y acceso, donde el discurso de la libertad se ve matizado por lógicas de consumo, exclusión y reconfiguración identitaria. La investigación pone en diálogo las vivencias de los nómadas con marcos poscoloniales, permitiendo cuestionar las nuevas formas de habitar el mundo globalizado y proponiendo una lectura crítica del ideal de libertad contemporáneo

Palabras clave: nomadismo digital, movilidad global, geopolítica de la libertad

Abstract

This research explores the phenomenon of digital nomadism from an anthropological perspective, portraying digital nomads as subjects who move through the world driven by discourses of freedom and self-fulfillment. Through a multisited ethnographic approach conducted in Tulum (Mexico) and Medellín (Colombia), the study analyzes how the idea of a nomadic nation is constructed, the geopolitical inequalities that shape this lifestyle, and the tensions between privilege and precarity. The methodology combined participant observation, semi-structured interviews, autoethnography, and digital ethnography, supported by documentary and theoretical analysis grounded in anthropology, sociology, and political philosophy. The findings show that digital nomadism is deeply embedded in unequal structures of mobility and access, where the ideal of freedom is nuanced by consumption practices, exclusion mechanisms, and identity reconfigurations. The research puts the lived experiences of digital nomads in dialogue with postcolonial frameworks, allowing for a critical reading of contemporary global mobility and its ethical implications. Ultimately, it questions how the globalized world is inhabited and who can truly move freely within it.

*Keywords***:** digital nomadism, global mobility, geopolitics of freedom.

Introducción

El nomadismo digital ha emergido en la última década como un fenómeno característico de la globalización y del capitalismo digital contemporáneo. Consiste en un estilo de vida en el que individuos, aprovechando la conectividad tecnológica, trabajan de forma remota mientras se desplazan por distintos países y regiones. Este modo de vida ha sido posibilitado por estructuras globales como internet de alta velocidad, plataformas de trabajo en línea y una economía digital transnacional que desvincula la producción laboral de un lugar fijo. En la narrativa popular y mediática, el nómada digital aparece como el epítome de la libertad individual: alguien que, equipado con un ordenador portátil, puede "trabajar desde cualquier playa del mundo" y escapar de las ataduras de la oficina tradicional. Sin embargo, una mirada antropológica y crítica revela que este fenómeno está inscrito en dinámicas mucho más complejas de poder y economía global.

Un primer aspecto problemático del nomadismo digital es su impacto en las economías locales y las tensiones que genera. Por un lado, las ciudades receptoras –a menudo ubicadas en el Sur Global– experimentan ciertos beneficios económicos inmediatos: llegada de divisas, consumo en comercios locales, creación de empleos en sectores como el turismo, la hostelería o los espacios de coworking, e incluso transferencia de conocimientos y prácticas globales. Ciudades como Medellín o Ciudad de México, se han promocionado internacionalmente como nodos para nómadas digitales, esperando catalizar el desarrollo económico a través de esta afluencia de trabajadores remotos extranjeros. Por otro lado, estos beneficios coexisten con desigualdades estructurales que tienden a profundizarse. La presencia de nómadas digitales con ingresos generalmente más altos (provenientes de empresas o clientes del Norte Global) puede encarecer el costo de vida en barrios populares, contribuir a procesos de gentrificación y acentuar las brechas entre poblaciones locales y extranjeras. Así, el nomadismo digital plantea una tensión intrínseca entre los beneficios económicos que promueve y las desigualdades socioeconómicas que reproduce en el ámbito local.

Otro aspecto problemático, surge la necesidad de cuestionar la noción de libertad asociada al nomadismo digital. Si bien quienes practican este estilo de vida suelen reivindicar una gran autonomía –libertad para viajar, elegir su entorno de trabajo y gestionar su tiempo–, cabe preguntar: ¿es realmente libertad cuando dicha posibilidad está mediada por el privilegio y sustentada por la estructura global del capital? La aparente autonomía del nómada digital depende de condiciones previas como tener un pasaporte que permita movilidad internacional sin trabas, pertenecer a una

clase profesional capaz de trabajar en línea (frecuentemente ligada a la economía del conocimiento), y disponer de recursos económicos iniciales para costear viajes y estadías. Muchos de los llamados "ciudadanos del mundo" provienen de países del Norte Global o de élites del Sur Global, lo que sugiere que su libertad de movimiento es, en palabras de algunos críticos, una "libertad estratificada": un privilegio al alcance de ciertos estratos globales pero vedado para otros. Lo que a primera vista se presenta como una vida desligada de restricciones puede, en realidad, estar profundamente condicionado por las infraestructuras invisibles del poder. Este cuestionamiento central orienta el presente trabajo: dilucidar hasta qué punto el nomadismo digital encarna una verdadera liberación del individuo o si, por el contrario, reproduce lógicas de privilegio del capitalismo global.

El Sur Global no es aquí solo una categoría geográfica, sino una posición política, histórica y epistémica desde la cual se problematiza el acceso desigual a la movilidad, a las redes digitales y a los derechos de ciudadanía. Mi mirada etnográfica parte, entonces, de una apuesta por descentralizar el relato hegemónico del nómada digital y visibilizar las tensiones, negociaciones y estrategias de quienes habitan este estilo de vida desde posiciones menos ventajosas en el sistema-mundo.

- **Mirar, estar, escuchar: caminos metodológicos**

Este trabajo se desarrolló a partir de un enfoque cualitativo que articula la revisión teórica con una etnografía híbrida y multisituada. La investigación se llevó a cabo en dos territorios del Sur Global: Medellín (Colombia) y Tulum (México), escenarios que, si bien presentan realidades sociales, históricas y económicas distintas, comparten dinámicas comunes en su configuración como destinos para el nomadismo digital. Ambos funcionan como escenarios donde se entrecruzan las promesas de libertad, los discursos de bienestar y las tensiones estructurales que acompañan a este estilo de vida globalizado.

El carácter multisituado de la investigación no solo implicó desplazamientos físicos entre geografías lejanas, sino también movimientos simbólicos y metodológicos entre lo presencial y lo digital. A la observación en espacios como coworkings, cafés, hostales y diferentes lugares de encuentro, se sumó la navegación en plataformas virtuales —grupos de Facebook, perfiles de Instagram y foros de discusión— donde los nómadas digitales comparten estrategias,

recomendaciones y modos de vida. Esta combinación de campo físico y virtual exigió una constante adaptación de la mirada investigativa, así como una atención particular a los modos en que se construyen comunidad, identidad y pertenencia más allá de las fronteras nacionales.

Se realizaron entrevistas semiestructuradas con nómadas digitales de diversas nacionalidades, que permitieron conocer sus motivaciones, percepciones de libertad, estrategias económicas y relaciones con los contextos locales. Estas entrevistas, desarrolladas tanto en español como en inglés, se complementaron con observación participante en espacios clave de socialización. La atención se dirigió tanto a los relatos explícitos como a los gestos, silencios y contradicciones que emergían en el día a día de los participantes, considerando que las formas de habitar el mundo dicen tanto como las narrativas que las acompañan.

El análisis de los datos fue temático, guiado por categorías previamente definidas como libertad, privilegio, movilidad, consumo y colonialidad. No obstante, este proceso no fue completamente estructurado: también se permitió una lectura abierta a los sentidos que emergían desde lo intuitivo, desde los gestos que se repetían o los detalles que interpelaban sin estar necesariamente organizados en torno a una hipótesis previa. Esta combinación de sistematicidad y sensibilidad responde a una concepción de la investigación antropológica que reconoce que todo conocimiento está situado, y que el rigor académico no está reñido con la reflexividad.

Desde el inicio, se sostuvo una actitud crítica frente a la propia posición de la investigadora. Ser mujer joven del Sur Global que esta en proceso de inserción en el mundo del nomadismo digital, con algunas experiencias previas que le han permitido acercarse a esta forma de vida desde una posición intermedia: no del todo externa, pero tampoco plenamente integrada, implicó un grado particular de cercanía con los entornos y actores estudiados, pero también supuso momentos de extrañamiento. La experiencia investigativa estuvo marcada por esta tensión constante entre implicación y distancia, entre afinidad y desajuste. Reconocer estas marcas permitió comprender mejor las dinámicas de poder, los privilegios de movilidad y las desigualdades que atraviesan el fenómeno del nomadismo digital.

Paralelamente, se llevó a cabo un análisis documental y bibliográfico sobre temáticas clave como el nomadismo digital, las nociones de libertad en la teoría social y los enfoques poscoloniales sobre las relaciones entre el Norte y el Sur Global. Esta revisión incluyó textos de antropología, sociología y filosofía política, y permitió no solo construir un marco teórico sólido, sino también situar el fenómeno dentro de debates académicos contemporáneos más amplios. La teoría, lejos de

ser un andamiaje externo, funcionó como una herramienta viva para interpretar los hallazgos empíricos desde una perspectiva crítica.

En suma, esta metodología —ética, reflexiva y situada— permitió aproximarse al fenómeno del nomadismo digital de manera compleja y sensible, revelando tanto las narrativas de libertad que lo impulsan como las estructuras sociales, económicas y simbólicas que lo enmarcan y, en ocasiones, lo tensionan.

- **Definición de conceptos clave**

Antes de profundizar en el análisis, es necesario delimitar dos conceptos fundamentales para esta investigación: "libertad" en el contexto del nomadismo digital y las nociones de "Norte" y "Sur Global". Definir con precisión estos términos proporciona un marco teórico claro y evita ambigüedades en la argumentación.

Libertad en el contexto del nomadismo digital: una definición situada

La noción de libertad ha sido abordada desde múltiples enfoques en la filosofía política y la teoría social. Dado que este concepto aparece de forma recurrente en los discursos de los nómadas digitales —como una motivación principal y como ideal de vida—, es necesario delimitar su significado y establecer con claridad desde qué perspectiva se utiliza en esta investigación. En ese sentido, el concepto de libertad aquí adoptado no parte de una visión absoluta o abstracta, sino de una definición situada que articula la experiencia subjetiva con las condiciones materiales que la hacen posible.

Por un lado, se recoge la idea de libertad como autodeterminación individual, es decir, la capacidad de elegir cómo y dónde vivir, trabajar y desplazarse, sin sujeción a estructuras laborales tradicionales ni a una residencia fija. Esta es la forma en que muchos nómadas digitales entienden y narran su estilo de vida, relacionándolo con autonomía, flexibilidad y movilidad autoelegida.

Sin embargo, esta visión individualista y liberal es insuficiente para comprender las complejidades del fenómeno. Por eso, se incorpora también una lectura crítica desde el enfoque materialista. Esta perspectiva entiende que la libertad está siempre mediada por las condiciones

estructurales en las que se ejerce, como el acceso al capital, el origen nacional, el sistema migratorio global, la precarización laboral o el uso de tecnologías digitales.

En este contexto, como señala Bauman (2001), la libertad moderna se reduce frecuentemente a la capacidad de elegir, sin cuestionar las condiciones que hacen posible o imposible dicha elección. En otras palabras, se nos ofrece un menú de posibilidades, pero no se discute quién cocina, quién sirve o quién tiene acceso a la mesa.

En el contexto del nomadismo digital, la libertad no puede pensarse como una posibilidad universal, sino como una vivencia diferenciada y atravesada por desigualdades globales. No todos pueden permitirse ser nómadas. La capacidad de "elegir moverse" está vinculada a privilegios específicos, mientras que para otros la movilidad es una imposición o una necesidad sin alternativas.

Por tanto, en esta tesis, la libertad se entiende como una categoría relacional y situada, que debe analizarse siempre en relación con las estructuras económicas, políticas y culturales que la condicionan. Esta definición permite observar críticamente las tensiones entre la narrativa de autonomía que sostienen muchos nómadas digitales y las dinámicas globales que hacen posible —o limitan— esa experiencia de libertad.

Norte y Sur Global: categorías críticas para leer el nomadismo digital

En esta investigación, los conceptos de Norte Global y Sur Global son fundamentales para comprender las dinámicas de poder, privilegio y movilidad que estructuran el fenómeno del nomadismo digital. Lejos de ser referencias puramente geográficas, estas categorías permiten pensar el mundo en clave poscolonial, como un sistema desigual heredado del colonialismo y sostenido por estructuras contemporáneas de dominación económica, política y simbólica. Su uso en este trabajo no responde solo a una clasificación espacial, sino a la necesidad de situar el análisis en un marco que reconozca la historia de la colonialidad y las jerarquías globales que aún hoy organizan el acceso al movimiento, al capital y al conocimiento.

Norte Global designa aquí a aquellos países o regiones que históricamente han concentrado el poder económico y político mundial –como Estados Unidos y Europa Occidental–, pero también incluye otros actores hegemónicos en el sistema global. Sur Global, por su parte, alude a los territorios históricamente subordinados, principalmente en América Latina, África, Asia del Sur y

el Sudeste Asiático. Este uso conceptual está en diálogo con autores como Said (1978), Quijano (2000) y Grosfoguel (2006), cuyas contribuciones resultan clave para pensar cómo el colonialismo no terminó con la descolonización formal, sino que se transformó en una colonialidad persistente del poder, del saber y del ser.

Adoptar estas categorías en este trabajo de grado responde a una intención analítica y ética: ubicar el nomadismo digital dentro de las asimetrías globales que lo hacen posible. En un estilo de vida que se presenta como libre, cosmopolita y deslocalizado, las nociones de Norte y Sur permiten visibilizar que no todos acceden a esa libertad del mismo modo. La capacidad de circular, de trabajar en remoto desde playas tropicales o de elegir entre múltiples destinos, está profundamente condicionada por el lugar de origen del individuo en el sistema mundo. Los pasaportes, las monedas fuertes, la educación digital y las plataformas de trabajo no son accesibles en igualdad de condiciones. Por ello, estas categorías resultan indispensables para cuestionar el relato neutral del "viajero global" y para entender el rol estructural de privilegios geopolíticos en la configuración del nomadismo.

Además, su uso permite evidenciar cómo muchas veces el nomadismo digital reproduce patrones de apropiación y desigualdad, en los que el Sur Global funciona como escenario, proveedor de servicios y fuente de exotismo para sujetos mayoritariamente del Norte (o de élites del Sur). Esta mirada complejiza la imagen celebratoria del nomadismo como sinónimo de libertad, al mostrar cómo este estilo de vida se inserta en una lógica más amplia de consumo global de paisajes, culturas y estilos de vida.

> Así, incluir las categorías de Norte y Sur Global no solo ayuda a ubicar empíricamente las experiencias observadas en Medellín y Tulum, sino que brinda una herramienta crítica para analizar cómo el poder se distribuye en el campo del nomadismo digital. Estas categorías, lejos de ser decorativas, son centrales para el análisis: permiten comprender qué cuerpos circulan, bajo qué condiciones, con qué pasaportes, y con qué consecuencias para los territorios que reciben y sostienen esa movilidad.

- **Interrogantes que guían el camino y hacia dónde apunta esta búsqueda**

Esta investigación parte de una tensión central: el nomadismo digital ha sido celebrado como una vía contemporánea de realización personal y profesional, pero su práctica concreta muestra desigualdades profundas en quiénes pueden acceder a esa movilidad y en qué condiciones. Lo que se presenta como libertad muchas veces está sostenido por estructuras de exclusión que operan de forma silenciosa, particularmente para quienes habitan el Sur Global.

La pregunta que orienta este trabajo es: ¿En qué medida el nomadismo digital representa una nueva forma de libertad individual, y cómo dicha libertad está condicionada por privilegios y estructuras de poder global, especialmente en la dinámica Norte-Sur?

Desde esa inquietud, también se exploran aspectos complementarios: cómo los nómadas digitales entienden y experimentan su libertad; de qué forma inciden su nacionalidad, clase y pasaporte en esa posibilidad de moverse; y cómo son percibidos por las comunidades locales que los reciben, particularmente en contextos del Sur Global como Medellín y Tulum. En estas interacciones se revelan tanto oportunidades como tensiones, beneficios como fricciones, que permiten observar con más detalle la complejidad del fenómeno.

Este trabajo busca situarse justo en ese cruce: entre los discursos globales que idealizan la movilidad y las realidades materiales que la condicionan. La mirada etnográfica, enfocada tanto en las experiencias de los nómadas como en la percepción de las comunidades locales, permite articular lo individual con lo estructural, y lo simbólico con lo económico. Más que ofrecer una respuesta cerrada, esta tesis propone un mapa de tensiones, contradicciones y posibilidades.

- **¿Por qué mirar el mundo a través del lente del nomadismo digital?**

La realización de esta investigación se justifica por varias razones, tanto teóricas como prácticas, que la hacen relevante en el campo de la antropología económica y de la movilidad. En primer lugar, el nomadismo digital es un fenómeno emergente y en rápida expansión a nivel mundial, pero aún poco estudiado desde una perspectiva académica crítica, especialmente en contextos latinoamericanos. Abordarlo antropológicamente ofrece la oportunidad de enriquecer la comprensión de las nuevas formas de trabajo y circulación que caracterizan al siglo XXI. Este estudio se inscribe en la antropología económica al analizar las prácticas laborales flexibles y

transnacionales de los nómadas digitales, y en la antropología de la movilidad al enfocar el desplazamiento constante como hecho social. Conectar ambas vertientes permite aportar al debate académico sobre cómo las transformaciones económicas globales están redefiniendo las nociones de trabajo, lugar y comunidad.

En segundo lugar, la investigación cuestiona la narrativa hegemónica en torno al nomadismo digital, proporcionando un contrapeso crítico a las visiones predominantemente elogiosas que proliferan en medios de comunicación y redes sociales. La imagen popular del nómada digital –joven emprendedor, libre, cosmopolita y plenamente realizado gracias a la tecnología– tiende a ocultar las condiciones de posibilidad menos visibles de ese estilo de vida. Al problematizar la idea de libertad irrestricta y revelar la presencia de desigualdades estructurales, este trabajo desafía los discursos simplificadores y románticos. Esta postura crítica es importante no solo para la academia, sino también para la sociedad en general, ya que invita a una reflexión más informada y equilibrada sobre los costos y beneficios del nomadismo digital. Visibilizar que la libertad del nómada puede implicar la falta de libertad de otros (por ejemplo, trabajadores locales precarizados o individuos del Sur Global con movilidad restringida) permite entender el fenómeno en su totalidad y complejidad. En síntesis, esta investigación es pertinente tanto para ampliar el conocimiento académico sobre las intersecciones de movilidad, trabajo y poder, como para iluminar cuestiones prácticas sobre convivencia intercultural y equidad en un mundo cada vez más interconectado.

Este trabajo también nace de una motivación personal situada: como mujer colombiana, nacida en el Sur Global e involucrada en redes laborales digitales, me sentí interpelada por la promesa de libertad que ofrece el nomadismo digital. Una de las razones por las que decidí hacer esta investigación es porque yo misma me identifico como nómada digital en proceso: aunque aún no me dedico por completo a este estilo de vida, he empezado a recorrer ese camino, entre el deseo y la experiencia. Esta cercanía me permitió observar el fenómeno desde dentro, pero también con suficiente distancia como para cuestionarlo. El trabajo de grado, entonces, no surgió solo como un ejercicio académico, sino como una pregunta interior: ¿qué significa realmente ser libre cuando se viaja trabajando por el mundo? ¿Qué privilegios se esconden tras esa libertad? ¿Y cómo se ven afectadas las comunidades locales que reciben a quienes buscan esa movilidad?

Escogí Medellín y Tulum como escenarios etnográficos no solo por su popularidad entre nómadas digitales, sino porque representan dos realidades urbanas donde se cruzan deseos de transformación con estructuras históricas de desigualdad. Medellín, por ser mi lugar de origen, me permitió mirar críticamente desde adentro cómo se transforma una ciudad cuando se convierte en "nodo global"; Tulum, en cambio, me desafió como investigadora a mirar desde afuera un territorio profundamente afectado por la turistificación y el extractivismo espiritual. Esta elección geográfica y personal me permitió entretejer la investigación con mi propia vivencia situada y con un compromiso por comprender los efectos concretos de esta movilidad global.

- **Navegación del texto: capítulos y sus horizontes**

El recorrido de esta investigación se organiza en cuatro capítulos que abordan distintas dimensiones del nomadismo digital desde una perspectiva etnográfica situada. El primer capítulo se adentra en las motivaciones que impulsan a las personas a adoptar este estilo de vida, revelando cómo el deseo de libertad, la búsqueda de autorrealización y el escape de estructuras laborales tradicionales se manifiestan de manera diferenciada según el origen geográfico, el capital simbólico y las condiciones materiales de cada sujeto. A través de entrevistas, observaciones y reflexiones personales, se trazan cartografías del deseo que permiten evidenciar las asimetrías entre nómadas del Norte y del Sur Global. El segundo capítulo se enfoca en las experiencias temporales de estos sujetos, mostrando cómo la movilidad implica una organización precisa del tiempo que está lejos de ser libre: visas, husos horarios, trabajo remoto y exigencias digitales configuran una rutina marcada por restricciones. A través del análisis de dinámicas cotidianas en coworkings y cafés, se observa cómo la nacionalidad y el pasaporte inciden directamente en las posibilidades de gestión del tiempo, revelando desigualdades profundas. En el tercer capítulo, la atención se centra en las formas de movilidad internacional y en cómo estas están atravesadas por jerarquías globales. Desde experiencias vividas en espacios como Gringo Tuesday en Medellín y la comunidad de Aldea Zamá en Tulum, se examinan las tensiones que emergen entre nómadas del Norte y del Sur, así como los efectos que estas movilidades generan en las comunidades locales receptoras. El capítulo visibiliza cómo el pasaporte se convierte en una herramienta de inclusión o exclusión, y cómo ciertos sujetos logran construir identidades globales desancladas, mientras otros enfrentan procesos de vigilancia, racismo y fronteras invisibles. Finalmente, el cuarto capítulo aborda la construcción de una

identidad colectiva entre nómadas digitales que, más allá de sus pasaportes, se articulan en torno al consumo estético, simbólico y espiritual. Desde ceremonias New Age en lugares como Holistika Tulum hasta la apropiación mercantilizada de prácticas ancestrales, se analiza cómo esta "nación nómada" se configura en espacios físicos y virtuales que funcionan como heterotopías, proyectando una idea de libertad que, aunque deseada, no escapa a las lógicas del mercado y a las desigualdades estructurales que la sostienen. A través de estos capítulos, el texto busca comprender al nomadismo digital no solo como un fenómeno emergente, sino como una expresión contemporánea de las tensiones globales entre movilidad, privilegio y deseo.

1. Capítulo I: Mapas del deseo: Una etnografía de las motivaciones del nomadismo digital

Es un miércoles por la tarde, y el calor en Medellín se siente más intenso con el paso de las horas. La brisa cálida que inunda la terraza abierta del rooftop del hostel Masaya, apenas logra mitigar la sensación térmica en la piel. Estoy sentada en una de las sillas altas de la barra, observando los movimientos de un lugar que parece ser un crisol de nacionalidades. Las conversaciones en distintos idiomas llenan el aire, creando un ambiente ecléctico, vibrante y desordenado, propio de los espacios frecuentados por turistas y extranjeros. El Masaya, está ubicado en el corazón del Poblado, un barrio que ha visto cómo su fisonomía cambia con la llegada masiva de extranjeros y nómadas digitales, quienes parecen tejer con sus vidas un relato paralelo al de la ciudad. Aquí, lo local y lo foráneo se entrelazan, pero sin mezclarse del todo. El hotel ofrece clases de español, de salsa, noches de juegos los jueves, entre otras actividades; rituales diseñados para forjar conexiones, para que quienes transitan por este lugar encuentren un espacio de interacción con los demás.

En la barra, algunos ya me reconocen. Desde que llegué, he comentado que estoy realizando mi trabajo de grado, lo que ha hecho que me vean con una mezcla de curiosidad y familiaridad. El ambiente del bar es relajado, pero está impregnado de una energía particular que emana de los viajeros, nómadas digitales y expatriados que se mueven buscando en Medellín una conexión con su estilo de vida itinerante. A pesar de esa atmósfera de interconexión, no he logrado reunir el valor suficiente para acercarme a alguno de los grupos presentes. Hay algo en el espacio que me detiene: una sensación de que, aunque se trata de un lugar diseñado para el encuentro, las burbujas sociales que aquí se forman son difíciles de romper.

Veo grupos de personas que parecen compartir la misma nacionalidad, lengua o que tienen afinidades culturales. A un lado, un grupo de europeos conversa en su propio círculo, y más allá, un grupo de estadounidenses de la comunidad afro parece igual de cerrado. Es como si, a pesar de cruzar océanos y continentes, estas personas se reagrupasen según líneas ya trazadas por su identidad, buscando en lo familiar un refugio, una especie de cohesión que los protege de lo desconocido. En este espacio, como en cualquier otro lugar donde ya hay grupos formados, existe una especie de regla no escrita sobre la interacción social. No puedes simplemente llegar y hablarles sin más, pues sería visto como una invasión, una ruptura en la dinámica interna de esos círculos ya establecidos. Esto no es exclusivo de este lugar; parece ser una cuestión cultural más amplia,

presente en diferentes contextos. Solo que aquí se ve marcada por estereotipos de nacionalidad y lenguaje. Es esa sensación de que, aunque los grupos parecen abiertos y el espacio está diseñado para el encuentro, hay una frontera invisible que delimita hasta dónde es aceptable acercarse sin ser intrusivo.

Mi inglés es fluido, pero la barrera lingüística y cultural sigue presente, amplificando mi nerviosismo. Ser etnógrafa, en este contexto, tiene una doble cara. Por un lado, provoca curiosidad: la gente siente intriga al saber que estoy aquí para observar y entender, pero esa misma curiosidad puede volverse en mi contra. Nadie quiere sentirse bajo la lupa, mucho menos en un espacio que debería ser un refugio de libertad, lejos de las miradas escrutadoras.

Pasan unos cuantos minutos desde que me senté en el lugar y en ese momento, un joven se acerca. Lleva puesta una camiseta ligera, una pantaloneta y sandalias que denotan su estilo de vida despreocupado y adaptable. Su actitud es relajada, como si llevara años moviéndose por distintos países con la misma ligereza que muestra en su ropa. Sin preámbulos, me dice que ha escuchado que quiero aprender más sobre el mundo de los nómadas digitales, y que estaría dispuesto a ayudarme. Su espontaneidad y disposición me sorprenden, pero también me alivian. En este ambiente multicultural y distendido, la barrera entre extraños se diluye rápidamente.

El joven me sonríe, y en ese gesto siento que, efectivamente, la pared entre ambos se ha roto. Ya no somos extraños en un rooftop de un hotel en Medellín; ahora compartimos un espacio de intercambio, de curiosidad mutua. Su disposición para conversar y compartir me genera una mezcla de alivio y emoción. Le agradezco su apertura, me presento y él hace lo mismo, su nombre es Carlos, tiene 27 años de edad y es de Estados Unidos. Casi sin pensarlo, luego de esto suelto la primera pregunta que me ha estado rondando desde que empecé a investigar este fenómeno: *¿Qué te motivó a emprender este estilo de vida nómada?*

Él me observa por un momento, como si estuviera organizando sus pensamientos, y luego me responde con una sonrisa amplia, pero también reflexiva:

—Precisamente esto —dice, haciendo un gesto que abarca todo a nuestro alrededor—, el poder conectar con otras personas. Responder las preguntas de los demás mientras yo mismo me lleno de nuevas dudas que espero poder resolver a lo largo de mis viajes.

Pausa un instante, como si estuviera saboreando sus palabras, luego continúa:

—Me motiva conocer el mundo, salir de la cotidianidad. Huir de las cadenas de los horarios, de la estática de las oficinas y los trabajos tradicionales. Quiero descubrirme, pero sé que para ello

primero debo descubrir el mundo y lo que hay en él. Sus palabras resuenan en mí. *Descubrirse a través de descubrir el mundo*. Me parece una frase cargada de una verdad profunda, una especie de declaración de intenciones existenciales. Lo que él está buscando no es solo libertad geográfica o independencia laboral, sino un proceso de autodescubrimiento, un viaje interno tanto como externo.

Mientras lo escucho, me doy cuenta de que su motivación no está impulsada solo por el deseo de escapar, sino por un impulso genuino de conectar. Conectar con otros, con su entorno, y con su propia identidad en constante transformación. Y es ahí donde noto la primera chispa que ilumina mi comprensión: el nomadismo digital no se trata solo de trabajar desde cualquier lugar, sino de habitar un espacio entre lo conocido y lo incierto, entre el "aquí" y el "allá". Es, en esencia, una búsqueda permanente, un andar errante que desafía las estructuras fijas y los límites definidos. A medida que la conversación fluye, me doy cuenta de que, en cierto modo, él también está buscando respuestas. En su deseo de explorar, de conocer, y de construir una narrativa personal, veo reflejada mi propia búsqueda.

* Descubrirse a través de descubrir el mundo*, parece encapsular el espíritu de una época, una especie de eslogan que acompaña los movimientos contemporáneos de superación personal y coaching. Se nos repite que el camino hacia el autoconocimiento pasa tanto por un viaje interno como por uno externo, por la exploración tanto de nuestra psique como de los paisajes y culturas que habitan el mundo. Este mandato de autodescubrimiento a menudo se entrelaza con la idea de viajar, de exponerse a lo desconocido para, de alguna manera, encontrarse a uno mismo. Aunque esta noción se ha vuelto omnipresente, resuena profundamente en mí no por su carácter de tendencia, sino porque a través de la antropología y del encuentro con el otro, he hallado aspectos de mí misma que de otro modo habrían permanecido ocultos. Desde mi modesta experiencia como nómada digital, he podido descender a otros lugares, personas y culturas, y en esos momentos de inmersión, también me he reconfigurado, me he reconstruido como persona. Lo que otros toman como una frase motivacional para emprender aventuras externas, para mí es un proceso más profundo: un descubrimiento que se da en la intersección entre lo personal y lo colectivo, entre el estudio del otro y el autoconocimiento.

La figura de Carlos, mi primer interlocutor, se erige como una representación casi arquetípica de las motivaciones que impulsan a este creciente colectivo. A través de sus palabras, y de las de mis 14 entrevistados, surge una narrativa común: la búsqueda de soberanía personal, de

autodeterminación sobre la propia vida y destino. Esta aspiración va más allá de una mera elección de estilo de vida; es un deseo profundo de libertad, de romper con los moldes que tradicionalmente han enmarcado nuestras existencias.

En varios relatos recogidos durante el trabajo de campo, los nómadas digitales se perfilan como exploradores contemporáneos, movidos por un anhelo, por lo incierto y lo desconocido. El deseo de aventura y la constante reinvención de sí mismos son elementos recurrentes en sus relatos. No es solo la oportunidad de viajar o de trabajar remotamente lo que los atrae, sino la posibilidad de ser "de otro lugar", de vivir fuera de los confines de la monotonía moderna. Para algunos de mis interlocutores la falta de arraigo aparece como un facilitador de ese sentimiento de libertad, y también como un detonante para cuestionar su lugar en un mundo que perciben como estructurado y predecible.

Las motivaciones que mueven a los nómadas digitales, no son de ninguna manera meramente personales; como lo describe Michel Maffesoli (2004), el nomadismo no es un fenómeno aislado ni reciente, sino que ha estado inscrito de manera implícita en las sociedades humanas a lo largo de la historia. Este deseo de movimiento, de escape, ha sido un impulso colectivo que ha sido sistemáticamente adormecido a lo largo de las décadas, particularmente desde la llegada de la modernidad y la industrialización. La narrativa dominante ha intentado esconder este impulso nómada para imponer un modelo de sedentarismo que facilite el control de las masas, estableciendo una estructura fija que permita regular los comportamientos y la producción.

Este deseo de moverse, de viajar y de buscar algo más allá del horizonte inmediato, que siente Carlos y otros nómadas digitales que me hicieron parte de sus viajes y me permitieron hacerlos parte de mi investigación, remite a la aventura original, al origen de las cosas, a una conexión con un imaginario colectivo que ha perdurado a lo largo del tiempo. El fenómeno del nomadismo no se limita a individuos marginados o a grupos específicos, sino que puede entenderse como una “pulsión migratoria” profundamente enraizada en la psique humana. Desde una perspectiva antropológica, el nómada digital, podría representar una metáfora de la búsqueda de libertad y aventura que fue confinada a un rincón de la conciencia colectiva con la llegada de la Ilustración y, más tarde, con la consolidación del sedentarismo producto de la Revolución Industrial. El establecimiento de centros urbanos y la creación de una clase trabajadora inmovilizada fueron herramientas fundamentales para el control social y el desarrollo de una economía que depende, en gran medida, del control de las masas mediante el sedentarismo.

En el contexto contemporáneo, esta pulsión de movimiento encuentra una nueva expresión en los llamados nómadas digitales: sujetos que configuran una identidad móvil anclada en prácticas de consumo simbólico y estilos de vida globalizados. Esta figura encarna ideales de libertad, autenticidad y realización personal que se manifiestan en la elección de destinos, en la participación en rituales de bienestar y en el uso de tecnologías que permiten una vida aparentemente "deslocalizada". Lejos de definirse únicamente por sus medios de subsistencia, el nómada digital se construye social y culturalmente a través de discursos de movilidad, espiritualidad y emprendimiento personal, que refuerzan una lógica de individuación y privilegio en el acceso al mundo.

Desde esta perspectiva, podría pensarse que el nomadismo digital reactiva, de forma simbólica, ciertas formas antiguas de movilidad asociadas al deseo de libertad y aventura. Sin embargo, es necesario matizar esta lectura. Aunque en algunos relatos etnográficos —como los que más adelante se desarrollan en esta investigación— emergen discursos que evocan una suerte de "retorno" a un nomadismo arquetípico, lo cierto es que las condiciones materiales, políticas y simbólicas que rodean al nómada digital distan mucho de aquellas otras figuras del pasado. Más aún, pensar el nomadismo exclusivamente como una forma de liberación corre el riesgo de romantizar el desplazamiento y de ignorar los mecanismos estructurales que lo regulan.

Históricamente, el movimiento también ha sido una forma de violencia. Desplazamientos forzados como la trata transatlántica, las migraciones económicas forzadas o las expulsiones por conflictos armados nos recuerdan que no toda movilidad es sinónimo de agencia o elección. En contraste, los nómadas digitales, al menos en su versión más visible y hegemónica, suelen representar un tipo de movilidad voluntaria, deseada e incluso celebrada. Pero incluso dentro de este grupo, las trayectorias no son homogéneas.

Este trabajo parte de la necesidad de comprender cómo el nomadismo digital, lejos de ser un fenómeno plano o uniforme, se ve atravesado por múltiples desigualdades. Entre ellas, la diferencia de origen emerge como una de las más significativas. Las experiencias de quienes provienen del Norte Global —especialmente Europa y Estados Unidos— suelen estar marcadas por una relativa libertad para elegir destinos, transitar fronteras y beneficiarse de economías menos costosas. En algunos casos, estas dinámicas replican relaciones de desigualdad históricas, ahora traducidas en términos de capital económico y simbólico. Sin que esto implique una reproducción mecánica del colonialismo, sí puede hablarse de ciertas continuidades: el cuerpo que llega es leído

como deseable, competente o "moderno", mientras que el lugar y los sujetos que lo reciben aparecen muchas veces como recurso, paisaje o contexto para el desarrollo individual. Esta tensión, lejos de deslegitimar la búsqueda personal de quienes adoptan este estilo de vida, invita a una lectura más crítica de los contextos en los que se desarrolla.

Por ejemplo, al trasladarse a países con economías más débiles, los nómadas digitales, con ingresos en monedas fuertes como el dólar o el euro, obtienen una ventaja estructural frente a las poblaciones locales. Disfrutan de bienes y servicios a precios considerablemente más bajos que en sus lugares de origen. Aunque en muchos casos no es un proceso intencional, su presencia genera un desequilibrio en los mercados locales, incrementando la demanda y elevando los costos de vida. Esto puede generar tensiones sociales que afectan a algunas comunidades locales, quienes en ocasiones se ven desplazadas o marginadas en su entorno. Estas dinámicas no son solo económicas, sino que, como lo señala David Harvey, reproducen la "compresión espacio-temporal". La globalización ha permitido que las distancias se acorten, facilitando que los nómadas del Norte Global se trasladen fácilmente a economías más débiles, donde pueden maximizar sus ingresos. Este fenómeno evoca las lógicas de explotación colonial, donde los más poderosos aprovechan los recursos —en este caso, el bajo costo de vida— en detrimento de los más vulnerables.

Además, en términos simbólicos, esta dinámica puede leerse como una nueva forma de apropiación cultural y territorial, en la que los nómadas digitales, al consumir espacios locales con fines de ocio o trabajo, reconfiguran el paisaje social y cultural en función de sus necesidades y deseos, a menudo sin una participación significativa de las comunidades que habitan estos lugares. Esto refleja un poder colonial de moldear y transformar los territorios ajenos para el beneficio de los forasteros, sin considerar las implicaciones para las poblaciones locales. Ciertos destinos populares para nómadas digitales, como Medellín y Ciudad de México se han convertido en nuevos nodos globales donde el capital, en forma de ingresos extranjeros, reorganiza los espacios, generando desplazamientos de las poblaciones locales que se ven afectadas por el aumento en el costo de vida.

Esto lo podemos percibir si nos tomamos el tiempo de caminar por las zonas de gentrificación en Medellín, como Laureles Aquí, los letreros de los negocios ya no hablan en español, sino en inglés, como un guiño constante a los extranjeros que han colonizado estas calles. Lo común es cruzarse con turistas y nómadas digitales, mientras que la presencia de locales se

convierte en algo casi exótico. Los menús de los cafés y restaurantes reflejan esta transformación: los precios ya no están en pesos, sino en dólares o euros, desdibujando las fronteras entre la ciudad y los "hubs globales". Lo más palpable es el cambio en el acceso a la vivienda. Las rentas a largo plazo casi han desaparecido; los apartamentos, que solían albergar a familias locales, ahora se destinan exclusivamente a quienes pueden pagar por días o meses, desplazando a los habitantes tradicionales. La transformación del barrio parece modificar profundamente su carácter local, dando paso a dinámicas que evocan una especie de vitrina del capitalismo global donde lo cotidiano de Medellín se oculta detrás de fachadas internacionales.

El nomadismo digital, tal como se observa en muchos destinos del Sur Global, tiende a reproducir relaciones de desigualdad que no siempre son reconocidas por quienes lo practican. En su búsqueda de autenticidad cultural, bienestar y experiencias transformadoras, muchos nómadas del Norte Global terminan apropiándose material y simbólicamente de los territorios que habitan temporalmente, reconfigurando los usos del espacio en función de sus propias necesidades, gustos y expectativas. Esta forma de habitar —aparentemente inocua o incluso "respetuosa"— no siempre considera las dinámicas locales, y muchas veces desplaza a quienes históricamente han habitado esos territorios, tanto a nivel material como simbólico.

Lo que se produce, entonces, no es solo un intercambio cultural, sino una reordenación del espacio que favorece a ciertos perfiles globales. Cafés, coworkings, retiros espirituales y urbanizaciones privadas surgen con una estética que invoca lo local —lo "maya", lo "natural", lo "ancestral"— pero sin necesariamente incluir a los sujetos que encarnan esas identidades en su cotidianidad. Como señala Said (1978), este tipo de apropiación simbólica no es nueva: responde a lógicas de exotización que, desde la época colonial, han convertido al otro en objeto de deseo, consumo y representación. En el presente, esta lógica se actualiza en clave neoliberal, donde los territorios del Sur son resignificados como espacios de experiencia y crecimiento personal para quienes pueden moverse con libertad.

Esta transformación no solo tiene implicaciones simbólicas. Al introducir capital extranjero en economías locales, los nómadas digitales contribuyen —aunque no siempre de forma consciente— al aumento del costo de vida, a la especulación inmobiliaria y a la transformación del tejido social. En esta dinámica, es posible observar lo que Harvey (1989) conceptualiza como "acumulación por desposesión": un proceso en el que el valor es extraído de un territorio sin que necesariamente se reintegre en su sostenibilidad. El trabajo remoto, que permite desconectar lo

productivo del lugar físico, facilita esta forma de extracción invisible. Así, bajo la promesa de flexibilidad y libertad, el nomadismo digital puede terminar reforzando muchas de las estructuras que pretende superar, convirtiendo la movilidad global en una herramienta funcional al mismo orden económico que muchas veces dice cuestionar.

Este análisis nos permite ver que el nomadismo digital no es simplemente un fenómeno de movilidad o tecnología. Se trata de una manifestación contemporánea de relaciones desiguales de poder, donde los privilegios del Norte Global se reproducen, mientras que las economías y culturas del Sur Global son transformadas y, en muchos casos, explotadas. Si bien, como ya expresé anteriormente, todo esto se lleva a cabo sin una conciencia de las implicaciones, es un eje de importante análisis en cuanto a las motivaciones de los nómadas digitales del norte global.

Por otro lado, los nómadas digitales provenientes del Sur Global, como es el caso de muchos latinoamericanos, a menudo no cuentan con el mismo privilegio. Enfrentados a economías con pocas oportunidades de empleo —tradicional o remoto—, muchos se embarcan en la vida nómada digital como un escape de la precariedad laboral de sus países de origen. Esta migración no está inicialmente enfocada en disfrutar de un estilo de vida opulento, sino en la búsqueda de mejores horizontes que les permitan subsistir y apoyar a sus familias.

Sara, una de mis interlocutoras de 28 años y originaria de Ecuador, refleja esta realidad en su testimonio:

> Cuando salí de mi país, yo no sabía que era ser nómada digital. Sabía que tenía que moverme, pero no sabía para dónde ni cómo. Empaqué ocho camisas y tres pantalones y salí de mi país para buscar un mejor futuro, una manera de subsistir que me permitiera ayudar a mi familia. Ya en el camino me di cuenta de que mi deseo de moverme iba más allá de la supervivencia, y me topé con la vida nómada digital. Ahí me di cuenta de que eso era lo que buscaba, y que ahí pertenecía. (Sara, comunicación personal, 18 de febrero de 2024)

El caso de Sara es representativo de un patrón más amplio entre los nómadas digitales de Latinoamérica. Para ellos, la adopción de este estilo de vida no es solo una búsqueda de autonomía y libertad, sino también una vía de escape de sistemas que no les ofrecen suficientes oportunidades para prosperar – aunque esto también les sucede a nómadas/ migrantes de países con economías

más fuertes, aquí nos centraremos en el caso de Latinoamérica – Si bien su motivación inicial puede estar enraizada en la urgencia por encontrar mejores horizontes económicos, el encuentro con el mundo nómada digital les abre una puerta a la posibilidad de un estilo de vida más autodeterminado, permitiéndoles redefinir el propósito de su migración y descubrir nuevos significados en su movilidad. Además, el nomadismo digital no solo evoca la búsqueda de libertad y autonomía, sino que también resignifica el acto de migrar al vincularlo con la idea de la aventura. Desde esta perspectiva, la migración deja de ser vista exclusivamente como un proceso marcado por el victimismo, el trauma o la desesperación económica, y se replantea como un acto de iniciativa, decisión y riesgo. Este enfoque permite reconocer a los migrantes no como sujetos pasivos o desposeídos, sino como actores activos que, a través del movimiento, toman control de sus vidas y circunstancias. Además, el nomadismo digital no solo evoca la búsqueda de libertad y autonomía, sino que también resignifica el acto de migrar al vincularlo con la idea de la aventura. En lugar de entender la movilidad únicamente desde la urgencia o la precariedad, muchos nómadas digitales del Sur la reivindican como un gesto de autodeterminación. Desde esta perspectiva, el movimiento deja de ser interpretado como huida o síntoma de carencia, y comienza a leerse como una forma de agencia: una decisión consciente que, a pesar de los obstáculos, se abraza como posibilidad de transformación. Esta resignificación del viaje permite pensar la migración no como un tránsito pasivo, sino como un proceso activo que implica iniciativa, deseo y riesgo.

Tal como ha observado Sarró (2007) en el caso de migrantes africanos, al nombrar sus trayectos como “aventura” algunos sujetos dotan de sentido y dignidad a su experiencia migratoria, reconfigurando los marcos desde los cuales esta suele ser representada. En el contexto latinoamericano sucede algo similar: no se trata de negar las condiciones materiales que impulsan estos movimientos, sino de reconocer que, en muchos casos, la movilidad se transforma en un modo de narrarse a sí mismos como protagonistas de sus propios caminos, más allá del discurso de la desesperanza o la mera supervivencia.

Sin embargo, este ejercicio de agencia no ocurre en un vacío. Aunque los nómadas digitales del Sur Global resignifiquen su movilidad como una elección consciente o incluso como una aventura, lo cierto es que sus trayectorias siguen profundamente atravesadas por condicionantes estructurales.

Las dinámicas económicas juegan un rol clave en la configuración de los nómadas digitales del sur global, donde el acceso al capital sigue siendo un factor determinante para la movilidad.

Aunque a menudo se asume que estos individuos migran para buscar mejores oportunidades laborales, es importante reconocer que el dinero, como recurso, siempre actúa como un privilegio que facilita su estilo de vida. Para algunos, como Daniel, un caleño de 28 años, este privilegio fue preexistente en su contexto de origen, lo que permitió que su transición al nomadismo digital se construyera desde una base de estabilidad económica y apoyo familiar. Daniel expresa claramente este tipo de experiencia cuando afirma en una de nuestras charlas:

> Yo desde pequeño siempre fui muy inquieto, terminé el colegio y agarré mi maleta y le dije a mis padres me voy, necesito encontrarme y no siento que lo pueda hacer aquí, mis padres apoyaron mi sueño y luego de que salí del país las oportunidades se abrieron … siempre tuve acceso a educación para comprar los cursos que necesitara y soy una persona muy curiosa, lo que me permitió aprender rápido del mundo digital y hacer posible el sostenerme por si solo durante mis viajes. (Daniel, comunicación personal, 27 de enero del 2024)

En este caso, no se trata de un desplazamiento motivado por la necesidad económica, sino por una búsqueda de autorrealización facilitada por la seguridad de un entorno familiar y el acceso a recursos. El capital con el que cuentan muchos de estos actores no se reduce a lo material, sino que también incluye elementos simbólicos, ya que el apoyo y la confianza parental refuerzan la posibilidad de vivir una vida errante. Esta experiencia revela una realidad: aunque los nómadas digitales del sur global puedan parecer un grupo homogéneo en cuanto a sus motivaciones, las disparidades económicas subyacentes siguen condicionando quién puede adoptar este estilo de vida y con qué grado de facilidad.

Este contraste entre los nómadas del Norte y del Sur Global revela una dicotomía profunda. Para muchos del Norte, el nomadismo digital es una elección estratégica, que les permite capitalizar la diferencia de valor entre sus monedas y las economías locales. Para otros, particularmente aquellos del Sur Global, es un viaje lleno de incertidumbres y riesgos, impulsado por la necesidad de escapar de contextos económicos adversos.

Aunque sus trayectorias difieran en origen y condiciones, hay un elemento que aparece con insistencia en los relatos de quienes optan por esta forma de vida: la idea de libertad. A lo largo de las conversaciones con mis interlocutores, la palabra “libertad” aparece con frecuencia. Se

pronuncia con entusiasmo, como una especie de promesa compartida que da sentido al movimiento. Sin embargo, esa libertad no es absoluta, ni está exenta de contradicciones. Algunos de los nómadas con los que hablé encuentran en el viaje una vía para escapar de estructuras rígidas, mientras que otros se enfrentan a nuevas exigencias y formas de incertidumbre que también generan desgaste.

Desde el trabajo de campo, comprendí que esta idea de libertad no puede ser entendida de forma homogénea: para unos, significa huir del control institucional; para otros, escapar de realidades económicas asfixiantes. Hay quienes la viven como elección y quienes la atraviesan como única alternativa. En todos los casos, la libertad aparece más como una búsqueda que como una realidad estable.

Tal vez, lo que se persigue no es la libertad en sí misma, sino la posibilidad de vivir de forma más coherente con los propios deseos. Pero incluso ese deseo está atravesado por contextos desiguales que condicionan hasta dónde puede llegar la autonomía de cada quien. En ese sentido, hablar de libertad en el nomadismo digital es también hablar de privilegios, límites y negociaciones. No es un estado puro, sino una práctica situada, imperfecta, a veces contradictoria, pero profundamente humana.

Antes de cerrar este recorrido me gustaría abordar una de las preguntas más recurrentes al hablar de nómadas digitales: ¿de qué viven? La imagen más difundida —y a menudo estereotipada— es la de personas frente a un portátil, en un café exótico o junto al mar, realizando tareas vinculadas al mundo tecnológico. Si bien muchas de estas representaciones tienen cierto anclaje en la realidad, también simplifican y reducen la complejidad de las formas laborales que configuran este estilo de vida.

El nomadismo digital no constituye una profesión en sí misma, sino una modalidad de trabajo que se define más por el cómo y el desde dónde que por el qué. Lo que une a quienes adoptan este modo de vida no es un oficio específico, sino el hecho de ejercerlo en movimiento, mediado por herramientas digitales. En este marco, es posible encontrar una amplia gama de ocupaciones: diseñadores gráficos, desarrolladores web, redactores, consultores, terapeutas, profesores de idiomas, coaches espirituales, editores, community managers, agentes inmobiliarios, asistentes virtuales o generadores de contenido para plataformas de streaming, entre muchos otros.

El auge del trabajo remoto, potenciado por la expansión de la economía digital y acelerado por la pandemia del COVID-19, ha permitido que múltiples profesiones migren parcial o totalmente al entorno virtual. Esta transformación amplió el margen de posibilidad para quienes

buscan desempeñar su oficio sin anclarse a un lugar fijo. Algunos trabajan como freelancers para clientes de distintos países; otros mantienen empleos formales bajo la modalidad remota, y muchos combinan proyectos personales con redes laborales transnacionales que sostienen desde cualquier lugar con conexión a internet.

Esta capacidad de "trabajar desde cualquier parte" no es un horizonte accesible para todos. El capital económico, simbólico y cultural sigue siendo determinante para definir qué tan viable es trasladar una actividad profesional a la virtualidad, qué profesiones pueden sostenerse a distancia y bajo qué condiciones. Saber idiomas, tener acceso a redes internacionales, portar ciertos pasaportes o contar con títulos validados en otros países siguen siendo barreras —o llaves— que condicionan estas trayectorias. Así, la promesa de libertad laboral que acompaña el imaginario del nomadismo digital no puede analizarse al margen de las estructuras desiguales que la posibilitan.

Los trabajos de los nómadas digitales son tan diversos como sus recorridos, pero comparten una característica fundamental: su inserción en una lógica de productividad flexible, donde el espacio de trabajo se pliega al movimiento. La oficina cabe en una mochila, y los límites entre lo laboral y lo personal se difuminan, redefiniendo los vínculos entre espacio, tiempo y producción.

Comprender las formas en las que los nómadas digitales se insertan laboralmente también permite dimensionar el nomadismo no solo como una experiencia de viaje, sino como una manera específica de habitar el mundo desde el trabajo. Esta dimensión práctica no puede desligarse de las motivaciones emocionales, biográficas y estructurales que subyacen a sus decisiones de moverse.

Este primer acercamiento me permitió reconocer que detrás de cada persona que elige el camino del nomadismo digital hay una historia marcada por expectativas, rupturas, miedos y deseos. Lo que en un inicio parecía ser un fenómeno tecnológico o de estilo de vida, se fue revelando como un entramado de experiencias profundamente personales, pero también estructuradas por sistemas económicos, relaciones de poder y fronteras visibles e invisibles.

Como investigadora, y también como alguien que ha transitado algunos de estos caminos, no puedo separar del todo lo observado de lo vivido. En ese cruce, entre el relato del otro y mi propia búsqueda, he entendido que esta investigación no solo ha sido un proceso académico, sino también una forma de reconocerme en movimiento.

Este capítulo ha querido justamente subrayar cómo las trayectorias nómadas están lejos de ser homogéneas. La movilidad, más que una simple condición de desplazamiento, es un campo de

tensiones donde se expresan y actualizan las jerarquías del mundo globalizado. Entonces, no se cierra con una conclusión definitiva, sino con la certeza de que las motivaciones que impulsan el nomadismo digital son tan complejas como el mundo que habitamos. Lo que viene es continuar el viaje, no solo con los pies o con la maleta, sino con la mirada afinada para seguir escuchando, interpretando y sintiendo los mapas del deseo que traza cada persona al decidir moverse.

2. Capitulo II: El reloj de un nómada digital

> El tiempo, esa dimensión universal que estructura nuestras vidas, adquiere un matiz particular en la experiencia del nómada digital. Lejos de los horarios estrictos y de la oficina tradicional, estos individuos navegan por un terreno de posibilidades temporales, donde la flexibilidad es tanto un privilegio como un desafío.

Son las 10 de la mañana cuando ingreso al Coworking Inspira, en su sede ubicada en el dinámico barrio Laureles de Medellín, Un barrio que se ha caracterizado por convertirse en un punto predilecto para los extranjeros y entre ellos los nómadas digitales, para encontrar hospedaje y lugares de trabajo como lo es este coworking. El ambiente, cargado de una calma productiva, se integraba perfectamente con el diseño verde del espacio. Las plantas, cuidadosamente distribuidas por todo el lugar, se despliegan por cada rincón, helechos frondosos cuelgan de las paredes y sus hojas se balancean suavemente, acariciadas por la brisa que se cuela por las ventanas, dando la sensación de estar trabajando en un oasis urbano, en donde el lugar respira con quienes lo habitan. Este entorno está claramente diseñado para ofrecer un refugio de tranquilidad en medio de la agitación de la ciudad, un espacio que invita a la concentración y al equilibrio. El suave murmullo de teclados y clics de ratón marcan el pulso del lugar. Mientras que las personas con los ojos fijos en sus laptops tejen redes de productividad. Este lugar fue ideado para que los nómadas digitales, y cualquier visitante temporal, se sienta cómodo, casi como en casa, pero sin perder de vista su propósito: trabajar.

Me acomodo en un rincón del coworking, con la libreta en mano, dispuesta a realizar observación participante. El tiempo en este espacio se despliega con una cadencia propia, desvinculada de los relojes convencionales que marcan jornadas laborales rígidas. Aquí, la temporalidad fluye según bloques de tiempo que las personas seleccionan a conveniencia, reflejando un manejo estructurado pero maleable de las demandas laborales y personales.

La recepcionista me explica un patrón recurrente: la mayoría de los usuarios trabajan en bloques de dos horas. Este ciclo, casi ritualizado, alterna periodos de intensa concentración con pausas estratégicas en la cafetería, donde las bebidas calientes, la comida para picar y la conversación breve se convierten en recursos de recarga. En este coworking, el tiempo no se mide

en minutos, sino en productividades y descansos, creando una sincronía particular entre trabajo y bienestar.

La oferta del espacio refuerza esta flexibilidad. Los planes se ajustan a distintas necesidades: paquetes de 30, 50, 100 horas, incluso puestos fijos son posibles dentro de la gama de servicios del coworking. Los paquetes por horas tienen una vigencia de 30 días y el uso del tiempo adquirido es a elección del comprador. También se puede hacer reservas por horas sueltas o jornadas completas. Todas estas compras se hacen en el mismo lugar o si se desea por la línea de WhatsApp del coworking. Aunque existen oficinas virtuales y salas de juntas, los nómadas digitales gravitan hacia los espacios abiertos, diseñados para planes por horas flexibles. Estos entornos, amplios y compartidos, no solo favorecen el trabajo individual, sino también una sociabilidad implícita, característica de quienes buscan conjugar autonomía con un sentido de comunidad. La configuración del coworking revela cómo los nómadas digitales negocian su relación con el tiempo, integrando productividad y descanso en ritmos personalizados. Este microcosmos temporal ofrece una ventana hacia las formas contemporáneas de vivir el trabajo en un contexto globalizado.

Como la recepcionista lo había anticipado, poco después de las dos horas, el ambiente comienza a mutar. Los murmullos reemplazan al sonido de los teclados, y las sillas comienzan a crujir con los movimientos de quienes se levantan. Me dirijo hacia la cafetería, atraída no sólo por el olor, sino por la promesa de interacción humana. Ofrecen variedad de bocadillos: empanadas doradas, panes recién horneados, frutas frescas y, por supuesto, el infaltable café, servido en pequeños vasos de cerámica que mantiene su calor.

Es aquí, mientras decidía si comerme una empanada o un pastel de pollo, que conocí a Julieta. Una mujer de 32 años, de porte relajado, con un aire de familiaridad que me hizo sentir que podía acercarme a ella. La excusa para entablar conversación es un detalle mundano: noté un cargador de celular sobre la mesa donde ella disfruta de su café. Me acerqué con una sonrisa y pido que me lo preste.

Julieta, accedió con amabilidad, y ese gesto sencillo abrió las puertas a una conversación que fluyó con sorprendente naturalidad. Me preguntó si soy de Medellín, y al decirle que sí , me pidió que le recomendara un buen lugar para disfrutar de una bandeja paisa típica. En Argentina, el país de donde ella proviene, le dijeron que no podía irse sin probarla. Asentí con alegría y le recomiendo el restaurante Hacienda Junín, que en mi opinión es un lugar donde le hacen mucha

justicia a la comida paisa y además está ambientado con todo el folclor que representa a la cultura antioqueña. Seguidamente aprovechó ese momento para confesar el verdadero motivo de mi presencia en el coworking y decirle que, así como ella quería saber algunas cosas locales a mí me gustaría saber sobre la vida nómada digital.

- "Me parece fascinante", dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante. "He estado trabajando remoto desde hace 4 años, y aun así todavía siento que me estoy adaptando a este estilo de vida.". (Julieta, comunicación personal, 14 de marzo del 2024)

Mientras hablábamos, no podía evitar notar cómo la lógica temporal del coworking permea nuestras vidas: un espacio donde la libertad aparente estaba mediada por horarios y relojes, donde el descanso y la productividad se negocian constantemente. En Coworking Inspira, el tiempo no es solo un recurso; es una coreografía cuidadosamente equilibrada entre la obligación y el placer, una negociación constante entre el trabajo y el ocio.

- Julieta: Entonces, ¿qué es lo que más te interesa saber sobre esto de ser nómada digital? Porque hay mucho más detrás de las fotos bonitas en Instagram, créeme.

Yo: Justamente eso. Quiero entender cómo es realmente este estilo de vida, más allá de lo que vemos a simple vista [...] ¿Cómo manejas el tiempo y todas las dinámicas que vienen con él durante el viaje y la movilidad ?

Julieta: Mira, cuando empecé, pensaba que la clave era estar en constante movimiento, pero rápido me di cuenta de que eso no era sostenible. Saltaba de un lugar a otro cada dos semanas. Al principio, parecía emocionante, pero luego me pasó factura. Mi sueño estaba descontrolado, siempre agotada. Leí que el cerebro tarda más o menos 14 días en acostumbrarse a un lugar, y la verdad, tiene sentido. Sin estabilidad, tu cuerpo no descansa de verdad.

Yo: ¿Y cómo manejas eso ahora?

Julieta: Bueno, aprendí que necesito estancias más largas. Ahora me quedo en cada lugar por lo menos dos o tres meses. Claro, eso también depende de los plazos laborales y, sobre todo, de los visados. Esas restricciones son un dolor de cabeza. Cada país tiene sus reglas, y al final terminas ajustando tu "libertad" -literalmente hizo las comillas con los dedos-, a lo que te permite la burocracia.

Mientras ella me decía todo esto, yo solo podía pensar en la paradoja que se creaba entre cómo ves el mundo nómada digital desde afuera, aquel que está lleno de libertades y las reglas que rigen estas libertades, así que se lo dije: "Parece contradictorio. Se supone que este estilo de vida es sobre libertad total, pero suena bastante estructurado".

Y su respuesta solo me hizo pensar aún más en esta paradoja:

> Exacto. Es una ilusión. Al final, solo cambias un tipo de control por otro. Por ejemplo, yo tengo una hoja de cálculo en Excel que siempre llevo conmigo. Ahí anoto cada entrada y salida, los días exactos que puedo estar en cada país, y los proyectos que tengo que entregar. Es como un rompecabezas: plazos laborales, visados, fechas de vuelo… No hay margen para el descuido.

Mis indagaciones sobre el tema también se llevaron a cabo en el mundo virtual. Durante mi trabajo de campo en torno al tema del tiempo en el mundo nómada digital, conocí a Nidia a través de un grupo de Facebook llamado *Digital Nomads Around the World*. Este grupo es solo uno de los muchos que encontré dedicados a nómadas digitales durante mi exploración en el ámbito virtual, pero este en particular destaca por su alcance global y la dinámica constante de sus interacciones. A diferencia de otros grupos más segmentados por nacionalidades o destinos específicos, aquí convergen personas de todas partes del mundo, compartiendo consejos, resolviendo dudas y ofreciendo apoyo mutuo.

Este grupo lo encontré haciendo búsquedas en Facebook, acceder a estos espacios es fácil, solo necesitas enviar una solicitud para que te acepten como parte de ellos y el administrador o alguien que ya se encuentra dentro, la acepta. Mi entrada al grupo fue inicialmente como observadora, curiosa. Después de familiarizarme con sus dinámicas, decidí hacer una publicación explicando mi investigación en antropología social y preguntando si alguien estaría dispuesto a responder preguntas para mi tesis. Nidia fue una de las primeras en responder, con un mensaje entusiasta que me animó a contactarla directamente a través de Messenger. En mi mensaje, me presenté, le expliqué mi proyecto y le agradecí su disposición. Dos días después, acordamos una video llamada en un horario que se ajustara a su apretada agenda. Desde el principio nuestra interacción fue cálida y fluida, y Nidia no solo compartió aspectos de su vida como nómada digital, sino que también me ofreció valiosas reflexiones sobre cómo estos espacios virtuales, como el grupo de Facebook, funcionan como redes de apoyo esenciales para quienes llevan esta forma de vida.

"Lo que más me gusta de estos grupos es que encuentras respuestas rápidas a problemas que pueden parecer complicados cuando estás sola" (Nidia, comunicación personal, 7 de febrero de 2024) me dijo durante nuestra videollamada

Al dar inicio a nuestro encuentro la imagen en pantalla reveló a una mujer de mediana edad, sonriente, con una energía que rápidamente llenó el espacio virtual. Su fondo mostraba lo que parecía ser un Airbnb minimalista, con una mesa pequeña y una planta en una esquina. Ella me saludó desde su ubicación actual en Bali, donde estaba residiendo temporalmente.

Nidia, originaria de España, lleva seis años trabajando de manera digital y dos años viajando de forma continua. En nuestra conversación, me relató cómo, en un momento de insatisfacción con su rutina como entrenadora personal en gimnasios tradicionales, decidió trasladar su profesión al ámbito digital. Diseñó un gimnasio online, una plataforma donde vende cursos y clases personalizadas que realiza desde cualquier lugar con una conexión a internet. "Esto es lo que me ha permitido mantenerme en movimiento", afirmó mientras me mostraba su plataforma online.

El tiempo, según Nidia, es el desafío más grande que enfrenta. "A veces me toca dar clases de pilates a las tres de la madrugada por las diferencias horarias con mis clientes en Europa" (Nidia, comunicación personal, 7 de febrero de 2024) confesó, dejando escapar una risa resignada. Aunque valora la flexibilidad que le da su trabajo, la búsqueda de un equilibrio entre el viaje, el trabajo y el tiempo personal se convierte en un reto constante. "Lo peor es que los días se sienten como piezas desordenadas: a ratos estoy en reuniones, luego explorando una playa y después volviendo a editar contenido para mi plataforma. A veces ni sé en qué día vivo". (Nidia, comunicación personal, 7 de febrero de 2024)

Al preguntarle cómo maneja esta fragmentación, me explicó que ha empezado a expandir su negocio hacia las zonas horarias en las que se mueve, especialmente en Asia y Oceanía, donde pasa buena parte del año.

"Es una manera de sincronizar mejor mis horarios de trabajo con los de descanso. Pero todavía no lo tengo resuelto del todo" (Nidia, comunicación personal, 7 de febrero de 2024)

Su día típico, según me describió, está marcado por una temporalidad moldeada por sus compromisos laborales, sus deseos de exploración y las condiciones del lugar donde se encuentra. Sus mañanas empiezan temprano, con clases para sus clientes europeos, y las tardes las dedica a grabar contenido o diseñar nuevos programas.

"Es un horario que a veces siento impuesto por las demandas de mi negocio, pero es el precio de la libertad que busco" (Nidia, comunicación personal, 7 de febrero de 2024)

Aunque Nidia depende de pequeñas rutinas para encontrar estabilidad en su vida como nómada digital, también valora dejar espacio para la improvisación y la sorpresa. Su enfoque de *slow travel*, que se basa en hacer viajes en lo que pueda tener una estancia mínima de 3 meses en cada lugar, no solo le permite llevar un ritmo más pausado, sino que le da la flexibilidad de no planificar cada momento de sus días. "Prefiero no llenarme de horarios fijos", me dijo, explicando que intenta dejar al menos dos días libres de trabajo por completo en su semana. Estos días son para descansar o explorar sin presión, permitiendo que el viaje la sorprenda. "Esos momentos de libertad son los que me recuerdan por qué elegí este estilo de vida; si todo fuera tan rígido como un trabajo de oficina, no tendría sentido". Así, Nidia combina estructura e improvisación, equilibrando las exigencias de su negocio digital con su deseo de vivir el presente y disfrutar de cada lugar que visita.

Al final de nuestra charla, Nidia mencionó que, aunque los días son agotadores, encuentra satisfacción en pequeños rituales que le permiten sentirse conectada consigo misma: una sesión de yoga frente al mar o un café tranquilo al amanecer antes de que empiece el bullicio de las videollamadas: "Viajar me ha enseñado a valorar el tiempo de maneras que nunca imaginé. No se trata solo de trabajar o de recorrer el mundo; se trata de encontrar momentos para simplemente estar".

Estas conversaciones apuntan a que el estilo de vida nómada digital, aunque se presenta como un paradigma de libertad, está profundamente mediado por las estructuras de poder global.

Aunque tanto Nidia como Julieta comparten una vida organizada por horarios virtuales, trabajos remotos y ritmos impuestos por plataformas digitales, las condiciones estructurales que atraviesan su movilidad son profundamente distintas. Nidia, como ciudadana española, goza de pasaportes que le permiten moverse con relativa facilidad por gran parte del mundo sin mayores restricciones migratorias. Esta diferencia, aunque puede parecer una obviedad, tiene efectos directos en su experiencia cotidiana: puede planear viajes con menos antelación, enfrentar menos trámites y tensiones, y acceder a visados laborales con mayor facilidad. Esta libertad legal y burocrática le otorga una ventaja estructural que no siempre es visible en la superficie del día a día, pero que determina de forma concreta su experiencia del nomadismo digital. Ignorar esta

dimensión sería suponer que todos los nómadas digitales acceden de la misma manera a los espacios globales, cuando en realidad la nacionalidad y el pasaporte condicionan el tipo de tiempo que se habita y se proyecta.

Para quienes viven en constante desplazamiento, el tiempo no es una coordenada neutra. En el caso de los nómadas digitales, el paso por los territorios está regulado no solo por el deseo de movimiento, sino por límites administrativos que operan como metrónomos invisibles. Los visados, las restricciones de estancia y las condiciones migratorias obligan a pensar el tiempo no como algo propio, sino como una variable sujeta a controles externos. El calendario se transforma en una herramienta de vigilancia, y las fechas de entrada y salida, en marcadores de legalidad.

Esta regulación del tiempo no actúa sola. Se cruza con otras exigencias impuestas por el entorno laboral digital: la inmediatez, la disponibilidad constante y la respuesta rápida. Aunque muchas veces se presenta el nomadismo digital como un sinónimo de autonomía, lo cierto es que sus trayectorias están profundamente atravesadas por dinámicas de control que operan desde lo técnico, lo económico y lo estatal. Lo que parece flexibilidad, muchas veces es adaptación forzada a lógicas que no se eligen.

Julieta, diseñadora gráfica freelance, lo expresa con claridad. Aunque no tiene un jefe formal, su día gira en torno a entregas urgentes, solicitudes en horarios cambiantes y ajustes según el país de residencia del cliente. Mantiene una hoja de cálculo para evitar exceder los días permitidos por cada visado, lo que evidencia que su libertad está mediada por el cumplimiento de tiempos impuestos. Su tiempo libre depende de que el sistema no le falle.

En el caso de Nidia, creadora de contenido con su propio emprendimiento, los condicionamientos no desaparecen, solo se transforman. Las métricas, algoritmos y horarios de publicación dictan cuándo y cómo debe actuar para ser visible. Su rutina está marcada por una atención constante a parámetros que ella no controla del todo. La promesa de independencia viene acompañada de una sujeción silenciosa a un nuevo tipo de productividad: una que no se mide por horas trabajadas, sino por visibilidad, interacción y alcance.

Esta tensión entre movilidad y control no es casual. Como ha planteado David Harvey, el capitalismo reconfigura nuestra relación con el tiempo y el espacio, intensificando la velocidad y exigiendo presencia constante. Pero más allá del análisis estructural, lo que me interesa subrayar es cómo esta presión se filtra en lo cotidiano: en el descanso que se interrumpe para una reunión

en otro huso horario, en la comida pospuesta por una entrega urgente, en el cuerpo que, aún lejos de la oficina, sigue operando como si nunca se hubiera ido de ella.

Aihwa Ong y Richard Sennett nos ayudan a ver que esta disponibilidad continua no es una excepción, sino parte de una nueva normalidad. El sujeto flexible, el trabajador conectado, el emprendedor nómada: todos ellos encarnan una lógica que naturaliza el rendimiento constante, incluso cuando se disfraza de libertad. Lo que emerge entonces es un nuevo régimen temporal, donde el tiempo ya no pertenece al cuerpo que lo habita, sino a los sistemas que lo gestionan

De este modo, la narrativa de libertad que rodea al nomadismo digital se enfrenta a un sistema global que redefine sus fronteras a través de mecanismos de control. Los nómadas digitales están, en última instancia, sujetos a las "infraestructuras invisibles" del poder global, como las denomina Aihwa Ong (1999), donde el tiempo se convierte en un vector de dominación que obliga a negociar constantemente su flexibilidad dentro de los límites impuestos por los estados y las corporaciones.

En el reloj de un nómada digital, el tiempo no desaparece ni se desordena completamente; se reconfigura. Aunque estos viajeros contemporáneos habitan un mundo aparentemente libre de la rigidez de horarios tradicionales, el tiempo sigue siendo una constante: una medida ineludible que moldea su experiencia. Julieta y Nidia lo describieron con precisión: en medio del cambio constante, crean pequeños rituales cotidianos que les ayudan a recuperar cierta sensación de estabilidad y agencia. Sin embargo, estos rituales no operan por fuera de las lógicas del capitalismo, sino que emergen como estrategias dentro del mismo sistema: formas de gestionar la ansiedad, la incertidumbre o el agotamiento que produce la disponibilidad constante. Desde una perspectiva antropológica, estos gestos no pueden leerse como espacios de escape absoluto, sino como micro adaptaciones a una estructura que redefine el tiempo bajo parámetros de productividad, visibilidad y conexión permanente.

Para Julieta, el acto de salir a trotar todas las mañanas es innegociable, una rutina que ha mantenido desde que empezó este estilo de vida. Nidía elige hacer yoga, otros un gimnasio local o incluso algo tan simple como caminar por el mismo parque todos los días. Estas prácticas no solo refuerzan un sentido de continuidad, sino que también les ayudan a adaptarse más rápidamente a un entorno nuevo. En las experiencias de mis interlocutores nómadas, el descanso se vuelve igualmente esencial, especialmente para aquellos que ya han dejado atrás la euforia inicial del constante movimiento. Al principio, saltar de un lugar a otro cada semana parece emocionante, casi

adictivo. Pero con el tiempo, ese ritmo frenético pasa factura: el cuerpo se fatiga, la mente se satura, y cada nuevo destino presenta su propia curva de aprendizaje. Julieta hablaba de esto con una mezcla de nostalgia y sabiduría adquirida:

> La primera vez que llegas a un lugar, todo te toma tiempo. Aprender cómo moverse, qué transporte usar, dónde está el supermercado o qué restaurante tiene comida decente. Cada cambio de lugar es un proceso de reinicio, y eso puede ser agotador. (Julieta, comunicación personal, 14 de marzo del 2024)

Una de esas reglas invisibles, pero poderosas, es la sincronización con el tiempo laboral. Para Julieta, y para Nidia, la relación entre la ubicación física y el horario de trabajo impone un nivel adicional de estrategia. "Al principio me iba a cualquier lugar que se me antojaba, sin pensar en la zona horaria. Fue un error" me dijo Julieta. A veces, eso significaba levantarse a las dos de la madrugada para reuniones que eran al mediodía en el país donde trabajaba. "Es insostenible". Con el tiempo, aprendió a planificar sus movimientos con más cuidado, buscando destinos que no solo le resultaran atractivos, sino que también le permitieran mantener una rutina laboral más saludable. Nidia, aún sigue lidiando con esto, tratando de expandir su negocio hacia zonas horarias que le sean más cómodas.

Este equilibrio entre trabajo y lugar, entre lo personal y lo profesional, da forma al reloj del nómada digital. No es un reloj clásico, pero su tictac está presente, marcado por las exigencias de clientes o empleadores, los plazos de los visados y los ritmos propios de cada nuevo destino. Durante el trabajo de campo observé que sus rutinas oscilaban entre estructuras impuestas por el trabajo remoto y momentos espontáneos, como pausas para caminar o socializar en el coworkin. Al no estar atados a un horario de oficina, cada día se convierte en una oportunidad para diseñar un ritmo personalizado. Sin embargo, esta flexibilidad requiere una disciplina que Richard Sennett denomina "la ética del nuevo capitalismo", donde el trabajador moderno debe ser capaz de adaptarse constantemente a entornos cambiantes. En la práctica, esto se traduce en una coexistencia de momentos de trabajo intenso con pausas para el ocio. Por ejemplo, un nómada puede dedicar sus mañanas a reuniones virtuales desde un café en Ciudad de México, mientras reserva las tardes para explorar la ciudad. Este equilibrio es posible gracias a herramientas tecnológicas que permiten

una gestión autónoma del tiempo, pero también exige una constante autorregulación para evitar la dilución del ocio en la vorágine laboral.

El reloj del nómada digital no sólo marca las horas de trabajo, las zonas horarias o los plazos de visados; también en ocasiones se sincroniza con los ciclos de las estaciones. En mi conversación con Carlos, un nómada digital español de 41 años, esta dimensión del tiempo se reveló con claridad. Para él, el cambio de estaciones es un motor que impulsa sus movimientos. "Cada que llega el invierno, yo viajo a otro lado. Decidí estar en un clima tropical perpetuo", me explicó mientras hablábamos en el Rooftop de Masaya, rodeados de muchos otros extranjeros que parecían perseguir también esa calidez climática que caracteriza a Medellín, la ciudad de la eterna primavera. Pero esta decisión no es solo una cuestión de comodidad climática; a veces también está intrínsecamente ligada a las pasiones. Existen otros nómadas que son entusiastas del esquí y siguen la nieve de un hemisferio a otro. Dentro de los condicionamientos que se les imponen, cada quien sigue su propia estación, su propio deporte, su propio ritmo.

Algunos nómadas digitales rotan entre tres casas en diferentes países, planificando cuidadosamente cada regreso para aprovechar los mejores climas y condiciones. Otros viven en caravanas o barcos, sin que esto implique necesariamente un movimiento constante. Para muchos, el reloj del nómada digital se detiene al obtener una residencia en un país o cuando por decisión propia determina que dejan de ser nómadas. No pude encontrar un consenso claro en este mundo fluido, sobre el límite de tiempo que tiene una persona para estar en el mismo lugar, sin que se le deje de considerar como "nómada digital". Julieta, con quien había conversado antes, había encontrado su balance en estancias de dos a tres meses, lo suficiente para descansar y establecer una rutina antes de partir. Carlos, por otro lado, me comentó que ha pasado hasta un año en ciertos lugares, especialmente en aquellos donde logra un equilibrio perfecto entre trabajo y ocio. "No hay reglas para esto, refiriendose a la forma en que organiza sus horarios mientras viaja.

Este enfoque resalta una de las paradojas del nomadismo digital: la libertad de movimiento no implica necesariamente movimiento constante. Más bien, se trata de una capacidad de elección que, como explica Carlos, se adapta a las necesidades, intereses y circunstancias personales. Aquí es donde el concepto del *reloj nómada* se vuelve profundamente individualizado. Mientras algunos nómadas persiguen las estaciones y los deportes, otros buscan estabilidad temporal para reconectar con sus cuerpos y mentes. Este abanico de experiencias subraya la flexibilidad inherente a este

estilo de vida, una flexibilidad que, sin embargo, está sujeta a decisiones estratégicas que responden tanto a limitaciones externas como a necesidades internas. El reloj del nómada digital, entonces, no es universal ni uniforme. Marca el paso del tiempo en ciclos personales y ritmos propios, entrecruzados con los dictados del trabajo remoto, las demandas de los visados y los ciclos naturales de las estaciones. En un mundo globalizado, las nociones tradicionales de tiempo y espacio se ven transformadas, reformadas por la movilidad y la flexibilidad. Sin embargo, esta compresión espacio-temporal, lejos de eliminar el tiempo como medida, lo adapta a las exigencias y deseos de cada nómada. Como dijo Carlos al cerrar nuestra conversación: "Al final, no importa cuánto te muevas. Lo importante es que puedas hacerlo en tus propios términos".

Por último, otro de los tiempos que marca el reloj de los nómadas en sus vidas cotidianas es el de la frontera entre trabajo y ocio, la cual es una línea difusa, pero estratégicamente trazada. Mis interlocutores coincidieron en que, durante los picos de trabajo, la estabilidad geográfica es fundamental: "estar quieto en un sitio es lo mejor", afirmaban, resaltando la importancia de establecer rutinas claras. En estos momentos, la disciplina y la creación de horarios bien definidos son esenciales para mantener el estilo de vida que desean. "No se está de vacaciones", me recalcaron, enfatizando que el equilibrio entre trabajo y placer es clave para sostener esta forma de vida. Esta estrategia les ofrece un balance que no solo mantiene su productividad, sino que también les permite disfrutar del cambio constante de escenarios, sin comprometer sus ingresos ni su bienestar.

El análisis muestra que la gestión del tiempo en el nomadismo digital está marcada por una tensión constante entre la flexibilidad y la restricción. Si bien la libertad para estructurar su tiempo es uno de los atractivos más destacados, las limitaciones externas, como los plazos laborales y las regulaciones migratorias, imponen una estructura que limita esta autonomía. Además, la negociación continua entre trabajo y ocio revela una complejidad en la que la temporalidad influye directamente en el bienestar y la identidad de estos individuos. En un mundo cada vez más globalizado, el estilo de vida nómada digital plantea preguntas sobre el futuro del trabajo y la movilidad. Al mismo tiempo que celebramos la flexibilidad que este modo de vida ofrece, es crucial reflexionar sobre las estructuras subyacentes que continúan moldeando las experiencias individuales. Desde una perspectiva antropológica, el nomadismo digital no solo es un fenómeno laboral, sino también una manifestación de cómo la temporalidad y la movilidad están redefiniendo la experiencia humana en el siglo XXI.

3. Capitulo III: Pasaportes, privilegios y paradojas

Algunos encuentros parecen reunir, en una sola escena, muchas de las tensiones que atraviesan este estilo de vida nómada: pertenencia y extranjería, autenticidad y performance, deseo y desplazamiento. Este capítulo comienza con uno de esos momentos. Una noche cualquiera en Tulum, una ciudad ubicada en el estado de Quintana Roo, al sureste de México, sobre la costa del mar Caribe. Antigua ciudad maya fundada alrededor del siglo XIII, Tulum ha experimentado en las últimas décadas una transformación acelerada: de ser un asentamiento arqueológico y pesquero, a convertirse en un destino turístico de élite y un enclave estratégico para el nomadismo digital. Más allá de su belleza natural y su historia ancestral, hoy Tulum condensa múltiples contradicciones sobre la manera en que es habitado y las transformaciones en sus lógicas de movilidad y consumo. Fue allí donde conocí a Pablo.

Mi encuentro con Pablo sucede en una de esas noches cálidas en las que Tulum vibrar con una energía especial: una brisa suave, el clima sea perfecto para estar al aire libre. Nos encontrábamos en el Templo Tulum, un lugar que no solo funciona como club nocturno, sino como un espacio diseñado para encarnar el lujo místico que ha hecho famosa a la región. Su estructura abierta, rodeada por la selva, combina texturas orgánicas con motivos geométricos que evocan las tradiciones mesoamericanas, aunque reinterpretadas con un aire contemporáneo. Luces cálidas cuelgan entre las ramas de algunos de los árboles, proyectando sombras que parecen danzar al ritmo de la música.

El DJ de esta noche es Solomun, ampliamente reconocido dentro de ciertos círculos de la escena electrónica global. El set que dispuso para esta velada tiene un matiz tropical, con ritmos que se mezclaban perfectamente con la atmósfera del lugar. La pista de baile es un mar de personas venidas de todas partes del mundo, un mosaico cultural que refleja la esencia globalizada de Tulum. Es en la barra, mientras espero para pedir un mezcal, cuando escucho una voz familiar que me interpela:

—Vos sos paisa, ¿cierto?

La pregunta me sorprende – aunque cuando viajas te vas acostumbras a que el acento paisa se reconozca fácilmente y debo admitir que mi forma de hablar me ha dado la fortuna de poder

hacer amistades espontáneas en varios lugares del mundo, igual sigue siendo motivo de maravilla que las personas se sientan más cómodas de tener un acercamiento cuando reconocen tu lugar de origen – y al girarme veo a Pablo, quien sonríe con esa mezcla de complicidad y nostalgia que solo se siente al encontrarse con alguien de casa en un lugar inesperado. Respondí afirmativamente, y en pocos segundos estábamos conversando como si nos conociéramos de toda la vida. Pablo está acompañado por cinco amigos: tres mexicanos, un salvadoreño y un francés, mientras que yo he llegado con un grupo de 3 amigos todos colombianos.

Decidimos juntar a ambos grupos, y la noche se convirtió en una mezcla de risas, música y conversaciones que iban desde las trivialidades hasta reflexiones más profundas. En un momento, mientras compartimos otro mezcal, le cuento a Pablo sobre mi trabajo de grado, explicándole que estaba investigando las dinámicas de los nómadas digitales. Sus ojos se iluminaron:

—Eso es justo lo que hago —dijo con entusiasmo—. Te puedo mostrar todo Aldea Zamá. Es increíble, un lugar pensado para nosotros. (Pablo, comunicación personal, 2 de enero de 2024)

La conversación fluyó con naturalidad, mientras el ambiente del Templo Tulum continuaba envolviéndonos. Era evidente que el lugar, con su estética cuidadosamente curada y su atmósfera casi ritual, no solo funcionaba como un espacio de ocio, sino también como un nodo de interacción cultural y social. La fiesta terminó al amanecer, cuando el Templo Tulum, con su vibrante energía, dio paso a un momento de calma casi surreal. Eran las 7 de la mañana, y mientras el set de Solomun aún resonaba suavemente en el fondo, el cielo comenzó a llenarse de tonos anaranjados, rosas y violetas. La selva, que durante la noche había sido un marco envolvente, ahora se mostraba clara y majestuosa, iluminada por los primeros rayos del sol.

Habíamos bailado durante horas, perdiendo la noción del tiempo y entregándonos por completo a la música y la compañía. Sin embargo, el cuerpo ya no daba más. Pablo, siempre entusiasta, nos sugiere seguir la fiesta en otro lugar, una celebración que continuaba en la playa. Pero entre risas y miradas cómplices, tanto mi grupo como el suyo entendimos que era momento de marcharnos. La energía de la noche había sido suficiente, y el cansancio nos reclamaba.

Antes de despedirnos, intercambiamos números de WhatsApp. Pablo, fiel a su palabra, reiteró su invitación para explorar Aldea Zamá al día siguiente. Nos despedimos con la promesa de un nuevo encuentro y la certeza de que esa noche no era un final, sino el inicio de algo más.,

El lunes por la mañana, tras un día de recuperación necesario, finalmente me puse en contacto con Pablo para concretar nuestra visita a Aldea Zamá. Nos encontramos en Tulum Centro,

un punto equidistante y práctico para ambos. Bajo el sol brillante de media mañana, nos refrescamos con una michelada recargada de clamato y muy fría antes de rentar bicicletas, el medio de transporte más común y eficiente en Tulum. Pedalear por sus calles de arena compacta, rodeadas de vegetación, no es un simple medio de transporte: parece encarnar el estilo de vida activo y natural que Tulum promueve.

A lo largo de las dos semanas que pasé en Tulum, noté que este estilo de vida saludable no es solo una tendencia, sino una parte intrínseca de su identidad. Establecimientos dedicados al yoga, restaurantes con menús orgánicos y espacios para el bienestar proliferan en cada esquina, invitando a locales y visitantes a integrar la vitalidad y el equilibrio en su día a día.

El trayecto hacia Aldea Zamá fue tranquilo, con un camino rodeado de vegetación tropical que ofrecía una sensación de aislamiento, como si nos adentrásemos en un mundo aparte. Y, de hecho, así lo era. Aldea Zamá no es solo un desarrollo urbanístico; es un microcosmos diseñado para quienes buscan una vida nómada digital, con todas las comodidades y lujos posibles. Al llegar, Aldea Zamá se reveló como un espacio que parecía sacado de una revista de diseño. Su arquitectura combina materiales locales como piedra, madera y acabados naturales con líneas modernas y minimalistas, creando un equilibrio entre lo autóctono y lo contemporáneo. Las calles están diseñadas para ser amigables con peatones y ciclistas. Caminos empedrados y rodeados de frondosos árboles que ofrecen sombra y frescura.

Los edificios, de tonos terrosos que armonizan con el entorno, albergan una mezcla de condominios de lujo, coworkings, cafés, restaurantes y boutiques de diseño. Aquí, cada detalle parece pensado para satisfacer las necesidades de los nómadas digitales: conexión a internet de alta velocidad en todos los espacios comunes, áreas de coworking con vistas al paisaje tropical, y un ambiente que invita tanto a trabajar como a disfrutar.

En Aldea Zamá, lo cotidiano se transforma en experiencia. Los restaurantes ofrecen gastronomía internacional con ingredientes locales, y muchos de ellos cuentan con menús adaptados a dietas especiales, como veganas o sin gluten. Los estudios de yoga y meditación están estratégicamente ubicados, con vistas a jardines interiores o terrazas elevadas. Incluso los espacios residenciales están diseñados para inspirar, con grandes ventanales, terrazas privadas y decoración que mezcla artesanía mexicana con diseño contemporáneo.

Lo que distingue a Aldea Zamá no es solo su infraestructura, sino también la comunidad que lo habita. Este lugar funciona como un imán para emprendedores, freelancers y creativos de

todo el mundo que encuentran aquí no solo un espacio físico para vivir y trabajar, sino una red de personas con intereses y estilos de vida similares. Más que un simple complejo urbanístico, Aldea Zamá sintetiza un estilo de vida que responde a las necesidades contemporáneas de quienes buscan movilidad, flexibilidad laboral y confort en contextos turísticos de alto valor simbólico

Durante nuestro recorrido, Pablo me mostró diferentes lugares, desde cafeterías que también funcionan como coworkings hasta pequeños mercados de artesanías que atraen tanto a turistas como a locales. Fue evidente que Aldea Zamá no solo responde a las necesidades de los nómadas digitales, sino que ha sido prácticamente creado para ellos. Su infraestructura, los servicios que ofrece y la atmósfera que lo envuelve parecen estar diseñados específicamente para facilitar y enriquecer la experiencia de quienes eligen Tulum como base para combinar trabajo remoto con un estilo de vida vibrante y saludable.

Pablo sugirió que nos detuviéramos en We Nomad, uno de los espacios de coworking más conocidos del lugar. El sitio, fiel al estilo característico de la zona, combinaba diseño minimalista con elementos naturales: muebles de madera, paredes verdes cubiertas de plantas y amplias ventanas que dejaban entrar luz natural. Dentro, el ambiente era sereno pero lleno de actividad, con nómadas digitales trabajando en sus laptops, algunos con audífonos, otros conversando en pequeños grupos. Las mesas comunitarias fomentaban la interacción, mientras que las cabinas individuales ofrecían un espacio más privado para concentrarse. El aroma del café recién hecho flotaba en el aire, añadiendo una sensación de calidez al espacio.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, con vistas a un pequeño jardín lleno de plantas tropicales. Mientras acomodábamos nuestras cosas, Pablo comenzó a compartir sus reflexiones sobre su experiencia como nómada digital de Latinoamérica.

—Viajar dentro de Latinoamérica siendo hispanohablante tiene sus ventajas —dijo, mientras tomaba un sorbo de su café—. El idioma, claro, es lo primero. No tienes que preocuparte por barreras lingüísticas, y eso hace que todo sea más cómodo. Pero no es solo eso. Siento que hay una conexión especial entre nosotros, como una especie de hermandad.

Me contó cómo, al viajar por la región, había notado una empatía genuina entre las personas, incluso cuando no eran del mismo país. Describió cómo los locales suelen ser más abiertos, ofreciendo consejos útiles, mostrando lugares que no están en las guías turísticas y, en general, brindando un trato más cercano que el que perciben los viajeros del norte global.

—A ellos les cobran todo más caro —dijo, con una sonrisa divertida—. Pero a nosotros no. Tal vez porque entienden que, aunque vengamos de diferentes lugares, compartimos algo: nuestra historia, nuestra cultura, nuestra lucha.

Pablo también mencionó las razones por las que había elegido quedarse mayormente en Latinoamérica, a pesar de que le atraía la idea de conocer países del norte.

—Aquí el costo de vida es mucho más bajo —explicó—. Yo gano en dólares, invierto en criptomonedas, hago trading y vendo cursos en línea. Pero, por más que gane en una moneda fuerte, sé que mi dinero rinde más en esta parte del mundo.

Me impresionó la claridad con la que Pablo había diseñado su vida, maximizando sus ingresos mientras disfrutaba de una vida rica en experiencias y conexiones culturales. Su perspectiva reflejaba no solo una estrategia económica, sino también una forma de valorar lo que Latinoamérica ofrece más allá de lo material.

La experiencia en We Nomad y la conversación con Pablo no solo ilustran las dinámicas de sociabilidad entre nómadas digitales, sino que también revelan tensiones importantes entre el acceso y la exclusividad en el contexto de la movilidad global. Siguiendo la teoría de Urry (2007) sobre la "sociedad de la movilidad", los espacios como Aldea Zamá representan nodos clave en las redes transnacionales de movilidad que conectan a individuos, capital y tecnología. Sin embargo, estas infraestructuras no son neutrales; están diseñadas explícitamente para quienes tienen el privilegio de participar en estas redes.

La reflexión de Pablo sobre su preferencia por viajar dentro de Latinoamérica destaca una dimensión clave de esta movilidad: el capital cultural y lingüístico. Según Bourdieu (1986), estos elementos funcionan como recursos que permiten a los individuos navegar con mayor facilidad en ciertos contextos. En el caso de los nómadas digitales latinoamericanos, el idioma y una familiaridad cultural implícita no solo facilitan la interacción, sino que también les otorgan acceso a dinámicas de apoyo y solidaridad entre locales, como Pablo lo señala. Esto contrasta con la experiencia de los nómadas del norte global, quienes enfrentan barreras tanto culturales como en algunos casos lingüísticas, lo que refuerza desigualdades de poder en las interacciones locales.

Finalmente, más allá de esta estética del bienestar y la eficiencia, Aldea Zamá también encarna otras dinámicas menos visibles, que abren preguntas sobre el impacto social y territorial de este tipo de enclaves. Se trata de una urbanización privada construida en medio de la selva y promovida como un "eco-lujo". Aunque a primera vista puede parecer un ejemplo exitoso de

integración entre naturaleza y modernidad, su existencia revela tensiones profundas que van más allá de lo estético o funcional.

A pesar de su apariencia armoniosa, Aldea Zamá es también un nodo visible de transformaciones más complejas en el territorio de Tulum. Su diseño y comunidad, lejos de ser neutros, responden a una lógica de exclusividad que excluye silenciosamente a muchas de las personas que históricamente han habitado el lugar. Aunque algunos trabajadores locales participan en la construcción, mantenimiento o servicios de este entorno, sus posibilidades de acceso como residentes o beneficiarios plenos son mínimas. Esta desconexión entre quienes viven de paso y quienes sostienen el espacio con su trabajo cotidiano revela una fragmentación social que no siempre se hace explícita.

Desde una lectura crítica, Aldea Zamá puede entenderse como una forma contemporánea de gentrificación ecológica y espiritual, donde lo "verde", lo "natural" y lo "ancestral" se convierten en recursos simbólicos que legitiman un modelo de desarrollo urbano elitista. La apropiación estética de lo maya, por ejemplo, aparece en los nombres de calles, en la decoración de interiores o en la oferta de experiencias "ancestrales", pero rara vez implica una participación activa de los pueblos originarios en las decisiones que afectan su territorio. Lo local, en este contexto, funciona como ambientación más que como sujeto.

Diversas voces locales —aunque más silenciadas que amplificadas— han denunciado el incremento abrupto del precio del suelo, el desvío de recursos naturales, la escasez de agua potable, y la saturación de servicios básicos como energía, movilidad o recolección de residuos. En paralelo, se han producido desplazamientos residenciales hacia la periferia de Tulum, lo que genera rupturas en el tejido comunitario y acentúa la desigualdad territorial. En lugar de dialogar con el entorno, desarrollos como Aldea Zamá tienden a replicar modelos urbanos del Norte Global, configurando burbujas de consumo que operan bajo lógicas desconectadas de la realidad social y ambiental del lugar.

En este sentido, Aldea Zamá puede ser leída también como un ejemplo de lo que Marc Augé (1993) conceptualiza como "no-lugar": un espacio de tránsito, consumo y anonimato que, aunque cuidadosamente diseñado para la experiencia individual, carece de una historia compartida o de vínculos sociales duraderos. Aunque los residentes temporales pueden encontrar aquí comunidad y sentido de pertenencia, esta se construye generalmente al margen de la historia y de los conflictos del territorio que habitan.

Así, este enclave no solo reconfigura el paisaje físico de Tulum, sino también las jerarquías de acceso al espacio, a los servicios y a la experiencia misma del territorio. Para el nómada digital, es un entorno idealizado, cuidadosamente curado para brindar confort, conectividad y bienestar. Para buena parte de la población local, en cambio, representa un síntoma de la turistificación acelerada, de una economía orientada al visitante extranjero, y de una transformación urbana que amenaza con desdibujar la identidad sociocultural del lugar.

Incorporar esta mirada crítica no implica desconocer los beneficios que Aldea Zamá puede ofrecer a ciertos perfiles de movilidad, sino más bien complejizar el relato hegemónico que la presenta como un paraíso inclusivo y sustentable. Esta perspectiva busca visibilizar que la promesa de libertad y bienestar asociada al nomadismo digital se construye también sobre procesos de exclusión, silencios estructurales y tensiones sociales que, aunque no siempre evidentes, son parte constitutiva de su realidad.

Mientras seguíamos conversando en We Nomad, el diálogo con Pablo fue tomando otro rumbo. Luego de hablar sobre Aldea Zamá y el estilo de vida en Tulum, surgió un tema clave: la movilidad internacional y las implicaciones que esta tiene para los nómadas digitales del sur global. Le pregunté por su experiencia con los pasaportes y las políticas migratorias, un asunto que, como he venido explorando en este trabajo, permite comprender las desigualdades que atraviesan a quienes deciden vivir en movimiento.

Pablo explicó que moverse dentro de Latinoamérica siendo colombiano era relativamente sencillo.

—México, por ejemplo, ofrece una estancia de 180 días. Para nosotros, eso suele ser más que suficiente. Además, no es complicado entrar, y los trámites son mínimos en comparación con otros lugares.

Sin embargo, su tono cambió cuando mencionó su experiencia intentando viajar fuera de la región.

—Ahora, si quiero ir a Estados Unidos, Europa, Canadá o incluso Japón, la historia es muy diferente. Hay muchísimo papeleo, entrevistas interminables y un montón de trabas. Y no es solo el proceso, es lo que implica: siempre tengo que demostrar que no soy un riesgo, como si viajar desde Latinoamérica ya me hiciera sospechoso.

La conversación con Pablo permitió visibilizar una dimensión central en la experiencia del nomadismo digital: los pasaportes no funcionan como simples documentos administrativos, sino como marcadores de acceso y restricción en la movilidad global. En su caso, las posibilidades de desplazamiento dentro de Latinoamérica contrastaban fuertemente con las dificultades que enfrentaba al intentar viajar hacia regiones como Europa, Estados Unidos o Asia. Esta diferencia evidencia cómo las políticas migratorias reproducen desigualdades geopolíticas que jerarquizan los cuerpos en movimiento según su origen nacional.

Los pasaportes, en este sentido, no garantizan un derecho universal al tránsito, sino que operan como instrumentos que filtran, seleccionan y condicionan quién puede circular libremente y quién debe enfrentar obstáculos constantes. Estas jerarquías se inscriben en lo que Scholten et al. (2015) denominan regímenes de movilidad diferenciada, donde los marcos legales y burocráticos perpetúan asimetrías globales. Como lo plantea Salter (2006), este control no se limita a permitir o negar la entrada a un territorio, sino que impone condiciones desiguales que refuerzan un orden internacional excluyente.

—Y eso no es lo peor —continuó Pablo—. El problema no termina cuando ya tienes el visado. El trato en los aeropuertos es horrible.

Con un tono que combinaba resignación y molestia, relató una experiencia que para él fue particularmente humillante.

—Pueden haber diez personas en la fila de equipaje, y siempre parece que me eligen a mí para pasar por el escáner de cuerpo entero. Una vez, perdí un vuelo por esto. Los agentes decidieron "enamorarse de mí". Me abrieron todo el equipaje, me revisaron de pies a cabeza. Fue humillante.

El relato de Pablo ilustra el sesgo racial y cultural que muchos latinoamericanos enfrentan en los espacios migratorios. Los aeropuertos y los puestos de control son lugares donde se hacen visibles las dinámicas de control biopolítico, especialmente para quienes provienen de regiones históricamente asociadas con estereotipos negativos, como el narcotráfico en el caso de Colombia. En estas interacciones, la ciudadanía global se convierte en un privilegio que no todos pueden reclamar con la misma facilidad.

—Es frustrante —dijo, con una mezcla de enojo y tristeza—. Porque yo viajo por trabajo, porque tengo los recursos, pero el sistema siempre me recuerda de dónde vengo. (Pablo, comunicación personal, 4 de enero de 2024)

La experiencia de Pablo en los aeropuertos, y su imposibilidad de desplazarse más allá de Latinoamérica, no constituye un hecho anecdótico, sino que revela una estructura global que distribuye la movilidad de manera profundamente desigual. Esta situación expone cómo no todos los cuerpos circulan con la misma legitimidad, ni todos los pasaportes garantizan el acceso a los mismos destinos. Lo que está en juego no es únicamente la legalidad de los documentos, sino un conjunto de valores simbólicos, históricos y geopolíticos que jerarquizan la posibilidad de moverse.

Desde este enfoque, la movilidad se presenta no como un derecho garantizado universalmente, sino como un recurso administrado diferencialmente. Algunos sujetos acceden a ella como un horizonte abierto, mientras que otros deben justificar constantemente su presencia y negociar su tránsito. Los obstáculos que enfrentan personas como Pablo no se reducen a los trámites migratorios, sino que forman parte de un entramado más amplio de exclusiones, en el que el pasaporte actúa como un marcador de desigualdad global. Su cuerpo, inscrito en coordenadas geopolíticas concretas, es leído desde los marcos de sospecha, precariedad y control.

En este contexto, el concepto de "regímenes de movilidad diferenciada" resulta útil para comprender cómo opera este orden mundial de circulación (Scheel, 2019), aunque lo central no es el término en sí, sino su manifestación concreta en la vida de quienes deben habitar estas fronteras invisibles. Las barreras a la movilidad no solo están hechas de muros o políticas migratorias, sino también de asimetrías históricas que estructuran quién puede moverse, bajo qué condiciones y hacia dónde.

Lejos de ser un fenómeno postnacional, el nomadismo digital se ve atravesado por estas desigualdades. La libertad de movimiento no se distribuye equitativamente, sino que se estratifica según la nacionalidad, el origen social, el capital económico y los marcos institucionales que validan o restringen la presencia de ciertos cuerpos en determinados espacios. En este sentido, el pasaporte se convierte en un dispositivo que no solo permite el paso, sino que también clasifica, limita y excluye.

Esta desigualdad en el acceso a la movilidad global se vuelve aún más visible al contrastarla con las experiencias de quienes transitan con mayor fluidez y sin los mismos obstáculos burocráticos. No se trata de establecer un juicio moral, sino de reconocer cómo ciertos cuerpos y trayectorias se ven acompañados por condiciones estructurales que les permiten una experiencia de movimiento distinta, menos vigilada y más facilitada.

Es aquí donde la historia de Hugo, un nómada digital europeo, adquiere relevancia analítica. Su relato no encarna una celebración ingenua del nomadismo, sino una conciencia parcial de las diferencias que lo atraviesan. Aunque su tránsito global está mediado por privilegios evidentes —pasaporte, capital cultural y redes de acceso—, su narrativa también deja entrever contradicciones, tensiones y reflexiones personales sobre lo que implica moverse con tanta libertad. Más que una figura homogénea, Hugo representa un lugar de ambigüedad, donde conviven el goce del movimiento y la conciencia, aunque fragmentaria, de sus asimetrías.

La primera vez que vi a Hugo fue un martes por la noche en Vintrash, un bar-discoteca ubicado en el corazón de Provenza, El Poblado, uno de los epicentros turísticos y de vida nocturna más concurridos por extranjeros en Medellín, y que como mencione anteriormente en el capítulo I, es uno de estos barrios de Medellín en donde lo local se ve mayormente eclipsado por las mixturas culturales. Era un Gringo Tuesday, una de esas noches de intercambio cultural donde locales y viajeros se encuentran, con el pretexto de practicar idiomas, pero que en la práctica se convierte en un espacio de socialización, conexiones y fiesta.

Estos eventos, que tienen lugar en diferentes bares no solo de la ciudad si no de Colombia, funcionan como un punto de encuentro para nómadas digitales, mochileros y expatriados. Lo que comienza como una conversación sobre acentos y expresiones idiomáticas, rápidamente se transforma en un diálogo sobre experiencias de viaje, diferencias culturales y, en algunos casos, oportunidades laborales remotas. En Medellín, Gringo Tuesday ha adquirido un carácter casi ritual, consolidándose como un nodo dentro de la red social y económica que sostiene el ecosistema de los nómadas digitales.

Hugo, con su acento español marcado y una cerveza en la mano, se presentaba como alguien que llevaba meses viajando por Latinoamérica, combinando trabajo remoto con exploración cultural. Nos encontramos en el segundo piso de Vintrash, un espacio con luces neón, murales y una vibra que hacía honor a su nombre: un estilo “vintage-trash”, con decoración rústica y elementos reciclados que daban al lugar un aire de clandestinidad cuidadosamente cuidado. El espacio se divide en diferentes ambientes: un bar principal con una barra bien surtida, una pista de baile donde los ritmos tropicales dominan la noche, y rincones más tranquilos con sofás y mesas altas, ideales para la conversación. A diferencia de otros bares más convencionales de la zona, Vintrash se ha posicionado como un lugar híbrido, donde tanto el baile como la interacción social

encuentran su espacio. Aunque es una discoteca, también ofrece comida, convirtiéndose en una opción versátil para quienes buscan una cena relajada o una noche de fiesta.

Dentro del repertorio musical del lugar, el reguetón y los ritmos afro ocupan un sitio central. La selección de música no solo responde a los gustos del público local, sino también a una audiencia globalizada que, al visitar Medellín, busca experimentar la identidad sonora de la ciudad. La fusión de géneros crea un ambiente energético que, sumado a la iluminación cálida y colorida, refuerza la sensación de estar en un espacio diseñado para la experiencia sensorial.

Hugo, como muchos otros nómadas digitales, no estaba en Medellín por casualidad. La ciudad se ha convertido en un imán para este perfil de viajeros, como ya mencioné anteriormente, gracias a su costo de vida relativamente bajo, su clima agradable y su comunidad internacional en crecimiento. Él trabajaba como diseñador gráfico para una agencia en Europa y mencionó que Medellín le ofrecía todo lo que necesitaba: buena conexión a internet, espacios de coworking, y, sobre todo, una vida social dinámica que contrastaba con la rutina solitaria del trabajo remoto. Aquí es donde comprendí que los Gringo Tuesday son mucho más que una simple fiesta; son una institución dentro de la mecánica de la socialización de Medellín, que ofrece una solución a uno de los problemas que más aqueja la vida de los nómadas digitales: la soledad que implica el viaje constante. Originalmente concebidos como un evento de intercambio de idiomas, han evolucionado hasta convertirse en un espacio donde la frontera entre lo académico y lo festivo se diluye.

La estructura del evento suele dividirse en dos momentos. En las primeras horas de la tarde noche, los asistentes participan en un intercambio de idiomas que funciona como un pretexto para conocer personas de diferentes nacionalidades. Se organizan mesas por idiomas y, en teoría, los locales y los extranjeros interactúan con el propósito de mejorar sus habilidades lingüísticas. Sin embargo, en la práctica, la dinámica tiende a transformarse rápidamente en una conversación más informal, donde el interés por la cultura del otro supera la barrera idiomática.

A medida que avanza la noche, la atmósfera cambia y el evento se convierte en una fiesta, donde las interacciones dejan de estar mediadas por el aprendizaje y pasan a estar determinadas por la música, el baile y la sociabilidad espontánea. Este proceso de transición de lo académico a lo lúdico es clave para entender por qué los Gringo Tuesday son tan populares: ofrecen una entrada accesible a la vida nocturna para aquellos que, de otro modo, podrían sentirse ajenos o inseguros al integrarse en la escena local.

Si bien Medellín es una de las ciudades donde estos eventos han alcanzado mayor notoriedad, también se realizan en otras ciudades colombianas como Bogotá, Cali y Cartagena, cada una con su propia adaptación al contexto local. En Bogotá, por ejemplo, el evento suele atraer a una comunidad más diversa de expatriados y profesionales, mientras que en Cartagena la dinámica se ve influenciada por el alto flujo de turistas de paso. En todos los casos, sin embargo, el Gringo Tuesday funciona como un nodo dentro de la red de socialización de la comunidad internacional en Colombia, facilitando encuentros que pueden derivar en amistades, oportunidades laborales o simplemente en una noche memorable.

La conversación con Hugo surgió de manera espontánea en la mesa de intercambio lingüístico, donde coincidimos con dos canadienses interesados en practicar español. Ambos queríamos mejorar nuestro inglés, lo que facilitó nuestra interacción inicial. Al finalizar la sesión, Hugo me preguntó si podía invitarme algo de tomar. Durante las presentaciones, mencionó que era nómada digital, un detalle que claramente llamó mi atención. Acepté su invitación con entusiasmo, interesada en conocer más sobre su trayectoria y la forma en que experimentaba su movilidad, además era el primer europeo con el que podía hablar del tema, y sabía que su perspectiva y vivencias me ayudarían a entender mejor mi investigación. Durante la conversación hablamos de diversos temas pero la interlocución que usare para este capítulo es aquella en la que pudimos hablar sobre el *movimiento*

Hugo, en tu presentación mencionaste que llevas cinco años moviéndote entre Europa y Sudamérica. ¿Cómo defines tu relación con el movimiento?

Es complicado. Para mí, el movimiento no es solo viajar, es una forma de hackear la rutina [...]

La mayoría de mis interlocutores del sur global me habían expresado que uno de los pasaportes más fuertes para viajar era el europeo, y que si querían tener más libertad para moverse una de las opciones era diversificarse y tratar de conseguir este. Por ello le pregunté a Hugo, qué opinaba sobre este aspecto y me dijo:

Claro, no es lo mismo moverse con un pasaporte español que con uno venezolano o colombiano, ¿sabes? . Hace dos años, en Medellín, conocí a una chica argentina que trabajaba como community manager. Ella tenía que renovar su visa cada tres meses, cruzar fronteras en autobús, calcular costos al peso. Yo solo abro Skyscanner y elijo. Eso... no es lo mismo.

Yo: ¿Crees que hay una "jerarquía" en la movilidad nómada?

Total. Nosotros [los del Norte Global] tenemos un kit de supervivencia invisible: wifi estable, tarjetas de crédito sin comisiones, seguros médicos internacionales. Es como si el mundo estuviera diseñado para nuestro tránsito. Una vez, en Marruecos, un amigo senegalés que hacía trabajos remotos me dijo: "Tú juegas al nomadismo; yo sobrevivo a él". Con él aprendí mucho sobre lo diferente que es el mundo y cómo está dividido.

Siguiendo el hilo, pero saltando de un lado a otro le pregunté que cómo creía que afectaba esta situación la noción de “libertad” de unos nómadas y otros y su respuesta solo me reafirmo lo que ya me había dicho no solo Pablo, si no también algunos otros de mis interlocutores.

La libertad es una ilusión estratificada. (Señala su teléfono). Esta app para encontrar coliving en Asia no existe para alguien de Bangladesh que quiere trabajar desde Europa. Nos movemos en capas distintas. Yo puedo "desconectar" en una playa tailandesa porque sé que, si hay una emergencia, mi embajada responderá. Esa seguridad te permite romancear el caos.

Yo: ¿Y las raíces? ¿Extrañas Barcelona?

H. (Ríe). Las raíces son un lujo. Tengo amigos que me dicen: "Eres un turista de élite". Puede ser. Pero yo no soy expatriado, ni migrante económico. Soy un... itinerante profesional. [...]. Aunque a veces, cuando hablo con nómadas de India o Nigeria, siento que su movimiento es más político. Ellos no escapan de la oficina, escapan de sistemas rotos. Yo solo escapé del invierno. (Hugo, comunicación personal,

A Hugo, también le pregunté si había tenido alguna barrera legal, o problemas con visas a lo que me contestó que no y me contó que su único problema había sido cuando decidió ir a China. ¨fueron los únicos trámites engorrosos, pero hasta eso fue fácil: pagé una agencia, me lo resolvieron. Y con el pasaporte español, entro a EE.UU. sin drama. Sé que para los latinos es otra historia.¨- me dijo. (Hugo, comunicación personal. 11 de julio de 2024)

La narrativa de Hugo ofrece una entrada etnográfica clave para observar cómo se configura la movilidad privilegiada dentro del nomadismo digital. Su relato no se limita a reproducir un discurso celebratorio del viaje, sino que deja entrever tensiones internas, contradicciones y una conciencia parcial del lugar desde el cual se mueve. La aparente libertad de su estilo de vida está mediada por múltiples recursos —materiales, simbólicos y administrativos— que no son universales, aunque en muchos discursos nómadas se presenten como si lo fueran.

En sus palabras aparece una noción de tránsito que, aunque crítica en apariencia, continúa operando dentro de un marco de racionalidad económica. Su movilidad está organizada en función de diferencias de poder adquisitivo, conectividad digital, y accesibilidad burocrática. No es solo una experiencia subjetiva, sino una estrategia sostenida por un sistema que permite y promueve ciertas circulaciones mientras restringe otras. En su caso, moverse no implica mayores riesgos, sino una optimización de recursos: elige países con costos de vida más bajos, evita trámites engorrosos pagando agencias, y accede a infraestructura que garantiza continuidad laboral. Esa capacidad de navegar sin fricciones no se da al margen del sistema, sino como parte de un entramado que lo beneficia.

Lo que Hugo denomina "libertad" está condicionada por el pasaporte que porta, la moneda que maneja y las redes digitales que lo acompañan. Su tránsito, lejos de ser un mero ejercicio de espontaneidad o curiosidad cultural, responde a una lógica de aprovechamiento diferencial: se mueve entre geografías desiguales donde su posición lo sitúa siempre en ventaja. Esta ventaja, aunque reconocida, rara vez es interrogada. Reconocerla no implica necesariamente cuestionarla o actuar sobre ella. En este sentido, la conciencia crítica se queda en un nivel cosmético, sin alcanzar una problematización profunda de las estructuras que la hacen posible.

Sus reflexiones sobre otros nómadas, como su amigo senegalés, revelan que Hugo no ignora estas desigualdades. Las menciona, las reconoce, incluso las verbaliza con cierta incomodidad. Pero esa incomodidad no se traduce en transformación. Lo que queda es un registro discursivo de la diferencia, sin que ésta altere su práctica. Es aquí donde el caso de Hugo se vuelve especialmente ilustrativo: su movilidad está atravesada por un sistema que lo privilegia, y aunque es consciente de ello, continúa operando en los márgenes de la autocomplacencia. La precariedad, cuando aparece, puede ser estetizada; el caos, romantizado; el movimiento, convertido en mérito individual.

En ese contexto, su referencia a la gentrificación —atribuyéndola a "los dueños locales"— permite ver cómo las estructuras más amplias tienden a desdibujarse en el análisis personal. No se trata de una postura malintencionada, sino de una forma de ver el mundo desde una ubicación geopolítica específica, donde las plataformas digitales, los servicios tercerizados y la flexibilidad laboral se perciben como facilitadores neutrales, y no como actores activos en la transformación especulativa de los territorios.

Este relato no contradice mi argumento central, sino que lo matiza: el nomadismo digital no constituye una categoría homogénea ni libre de conflicto, sino un campo diferenciado por múltiples ejes de poder. La experiencia de Hugo revela que dentro de este campo hay quienes se mueven con redes de seguridad —económica, legal y tecnológica— que les permiten romantizar el desplazamiento, mientras otros lo experimentan como una lucha constante por permanecer. Es ahí donde se evidencia que la movilidad, más que un derecho universal, funciona como un privilegio distribuido de forma desigual, indexado a coordenadas geopolíticas, pero también a formas de habitar el mundo que naturalizan esa desigualdad en nombre de la libertad individual.

En los relatos de Hugo y Pablo se visibilizan formas diferenciadas de vivir el desplazamiento, que permiten comprender cómo la movilidad global está atravesada por estructuras de poder desiguales. Sus experiencias no son comparables en términos de mérito o decisión individual, sino que revelan condiciones de posibilidad profundamente distintas. Mientras Pablo ajusta su movilidad a contextos que minimizan la fricción burocrática —optando por recorridos dentro de América Latina que le resultan más accesibles—, Hugo navega con relativa fluidez un sistema diseñado para su tránsito. Ambos casos no son excepcionales, pero sí ilustrativos de cómo la movilidad, lejos de ser una capacidad neutra o generalizada, opera como un recurso diferenciado. Es en esta tensión donde la idea de "ciudadanía móvil" (Mau et al., 2012) adquiere sentido: no todos los cuerpos viajan bajo las mismas condiciones, ni todos los pasaportes abren las mismas puertas.

Lo que se evidencia, entonces, no es una jerarquía cerrada, sino un mapa de desigualdades flexibles, donde el derecho a moverse se disputa, se negocia y, muchas veces, se restringe. Esta lectura situada de la movilidad permite desafiar las visiones idealizadas del nomadismo digital como experiencia libre o universal, y obliga a prestar atención a los bordes: a las fronteras, visibles e invisibles, que ordenan el mundo.

Estos contrastes no solo iluminan dinámicas geopolíticas, sino que también permiten preguntarnos por los modos afectivos, simbólicos y corporales en que se encarna el movimiento. ¿Qué se siente moverse con miedo? ¿Qué imaginarios sustentan una vida en tránsito? ¿Qué dimensiones, más allá de lo técnico o lo legal, configuran lo que entendemos como libertad? Estas preguntas abren la puerta al siguiente capítulo, donde el foco se desplaza hacia las formas rituales, espirituales y emocionales con las que algunos nómadas digitales buscan resignificar sus

trayectorias. Porque no todo en el viaje está mediado por el pasaporte: también hay búsquedas íntimas, silenciosas, que atraviesan el cuerpo y el sentido.

Las experiencias reunidas en este capítulo revelan que la movilidad de los nómadas digitales está atravesada por una lógica que no es neutral ni universal. Lejos de responder únicamente al deseo de libertad, los recorridos analizados muestran cómo la capacidad de desplazarse está mediada por documentos, algoritmos, monedas y pasaportes, pero también por imaginarios y redes de poder global.

Si bien los relatos aquí presentados dan cuenta de trayectorias distintas —desde los desafíos burocráticos hasta las estrategias de adaptación simbólica—, todos permiten comprender que el movimiento no es solo geográfico: también es político y profundamente situado. En este marco, el nomadismo digital aparece menos como una forma de ruptura con el sistema y más como una reconfiguración de viejas desigualdades bajo estéticas nuevas.

Sin embargo, incluso en medio de estas tensiones, emergen espacios de encuentro, solidaridad y búsqueda de sentido compartido. Lo que comienza como un tránsito individual, muchas veces se transforma en una red afectiva, profesional o simbólica que permite a estos sujetos reinventar formas de comunidad más allá de la nacionalidad o la residencia fija. A partir de aquí, el siguiente capítulo explora cómo, en medio del desplazamiento, el nomadismo digital se teje también como una forma de pertenencia colectiva en clave transnacional.

4. Capítulo IV: La nación nómada digital

En el marco de un mundo hiperconectado, donde el desplazamiento físico se entrelaza con el flujo constante de información, emerge una pregunta fundamental: ¿puede existir una nación sin Estado? Tradicionalmente, el concepto de nación ha estado vinculado a la consolidación de estructuras estatales, a una lengua común, a una burocracia sincronizada que define lo cotidiano —desde los calendarios hasta los relojes— y a una narrativa histórica que otorga sentido de pertenencia. Sin embargo, los nómadas digitales parecen desafiar esta arquitectura, dando lugar a formas alternativas de colectividad que desbordan las fronteras nacionales y los dispositivos clásicos de institucionalización.

Más que una comunidad política organizada, este grupo se configura como una red transnacional fluida, unida por lógicas de movilidad, consumo, afinidad estilística, prácticas de bienestar y una economía digital que permite trabajar desde cualquier lugar del mundo en el que funcione internet. Siguiendo a Anderson (1983), podríamos decir que también forman una "comunidad imaginada", pero en este caso no arraigada en un territorio físico, sino en plataformas virtuales, coworkings, lenguajes compartidos (principalmente el inglés) y patrones de consumo globalizados. A diferencia de los pueblos históricamente excluidos del derecho a constituir un Estado propio —como los gitanos o los palestinos—, la nación nómada digital se articula desde el privilegio: nace sin territorio, pero con acceso a múltiples espacios; sin ciudadanía fija, pero con pasaportes y redes tecnológicas a su favor.

Esta nación sin Estado no es homogénea. Sus integrantes forman subgrupos según afinidades laborales, espirituales o idiomáticas: hay quienes se identifican con el movimiento New Age y buscan en cada destino un ritual de sanación; otros priorizan los ecosistemas emprendedores y se agrupan en torno a startups, criptoinversiones o "hubs" tecnológicos. Aunque el inglés funciona como lengua franca, coexisten dinámicas multilingües que marcan exclusiones sutiles —quienes no lo dominan suelen quedar rezagados en el acceso a redes laborales, comunidades o contenidos clave—. La idea de libertad que impulsa este estilo de vida, entonces, se encuentra atravesada por límites materiales, lingüísticos y simbólicos que desdibujan su supuesta universalidad.

Este capítulo explora cómo los nómadas digitales configuran formas emergentes de nación, no a partir de territorios físicos o instituciones estatales, sino a través de prácticas de consumo,

redes afectivas transnacionales, tecnologías móviles y una estética del bienestar. Se trata de una nación en constante movimiento, cuyas fronteras no están delimitadas por mapas geográficos, sino por plataformas, divisas y algoritmos.

Así, esta nación sin Estado no reclama territorio ni derechos colectivos, sino autonomía individual. Pero su existencia depende, paradójicamente, del marco estatal que regula visas, conexión digital y sistemas financieros. La supuesta desvinculación con los Estados nacionales es más ideológica que real.

El término "nación nómada" no alude a una entidad estatal con territorio definido, himno o burocracia reconocida. Se trata, más bien, de una comunidad imaginada (Anderson, 1983) articulada por la movilidad, la tecnología, el consumo y una narrativa compartida de libertad individual. Esta nación sin Estado se construye desde la promesa de autonomía, flexibilidad y escape de las estructuras tradicionales. Pero, ¿hasta qué punto esta "libertad" es real? ¿Y qué formas de regulación, exclusión identidad y consumo la sostienen y delimitan?

El estilo de vida nómada digital se presenta como alternativa al sedentarismo y a la rigidez institucional. Sin embargo, en su interior se configuran nuevas formas de sujeción, de homogeneización simbólica y de consumo. Esta nación virtual no requiere pasaporte, pero sí buena conexión a internet, manejo del inglés, dominio de ciertas tecnologías y afinidad con un ethos productivo y espiritual muy particular. Lejos de eliminar las fronteras, las redistribuye. Lejos de anular la burocracia, la digitaliza

4.1. Movilidad, comunidad y mundo virtual: Configuración de la identidad nómada digital

La identidad de los nómadas digitales se construye en la intersección de tres elementos clave: la movilidad geográfica, la comunidad transnacional y el mundo virtual. A diferencia de las sociedades sedentarias, donde la pertenencia está anclada a un territorio, la comunidad nómada digital se define por su capacidad de desplazarse continuamente sin perder su sentido de colectividad. Esta movilidad, lejos de fragmentar su identidad, se convierte en su rasgo distintivo, estableciendo un modo de vida basado en la adaptabilidad, la flexibilidad y la interconectividad.

La movilidad es tanto una práctica como un valor dentro de la comunidad nómada digital. No se trata únicamente del acto de trasladarse de un lugar a otro, sino de una ideología que privilegia la libertad sobre la estabilidad. Como lo mencionaba en el capítulo I, con sus motivaciones para emprender este estilo de vida. Sin embargo, esta misma movilidad genera la necesidad de estructuras de apoyo que les permitan sostener su estilo de vida. Aquí es donde la comunidad cobra relevancia: a pesar de no compartir un espacio físico estable, los nómadas digitales establecen redes de solidaridad que operan a nivel global. Estas redes no solo facilitan el intercambio de información y recursos laborales, sino que también cumplen una función emocional, proporcionando un sentido de pertenencia.

El tercer eje de esta identidad colectiva es el mundo virtual. Para los nómadas digitales, el espacio digital es más que un medio de comunicación: es el territorio donde se articulan sus relaciones, se crean vínculos y se reproducen normas sociales. Plataformas como Facebook, Telegram, Slack y Discord funcionan como plazas públicas virtuales donde se comparten oportunidades laborales, recomendaciones de destinos y estrategias para sobrellevar los desafíos del nomadismo. De este modo, la tecnología no solo permite la existencia de la comunidad, sino que la define, reemplazando la territorialidad física con una territorialidad digital.

Desde una perspectiva de cyberetnografía, mi propia experiencia investigando estos espacios me ha permitido identificar cómo los nómadas digitales encuentran en las redes sociales, foros y plataformas de mensajería instantánea un punto de encuentro fundamental. Estas herramientas no solo facilitan la interacción y la cooperación, sino que también funcionan como mecanismos de inclusión y exclusión, definiendo quiénes pueden ser considerados parte de la comunidad y bajo qué criterios.

Facebook sigue siendo uno de los espacios principales para la organización de nómadas digitales. Existen múltiples grupos diseñados para facilitar la estadía y la integración en distintas ciudades del mundo, desde los genéricos como Digital Nomads Around the World hasta grupos específicos por destinos, como Nomad List Bali o Tulum Digital Nomads. En estos espacios, los usuarios comparten información sobre visas, alojamiento, coworking, eventos y oportunidades laborales. Uno de los patrones que observé en estos grupos es la rápida transición de lo virtual a lo físico. Alguien publica en Facebook preguntando si hay otros nómadas en determinada ciudad, y en cuestión de horas ya hay un grupo de WhatsApp formado, donde las interacciones se tornan más

dinámicas e inmediatas. En estos chats de WhatsApp, la conversación fluye constantemente con temas que van desde recomendaciones de restaurantes hasta invitaciones a eventos de networking.

Sin embargo, estos grupos también reflejan las jerarquías internas de la comunidad. Muchas veces, las interacciones revelan privilegios asociados a la nacionalidad, el poder adquisitivo y la experiencia previa en el nomadismo. Es común ver publicaciones donde quienes tienen más tiempo viajando adoptan un rol de "mentores", mientras que los recién llegados buscan orientación para dar sus primeros pasos.

Instagram desempeña un papel crucial en la difusión de la estética y la narrativa del nomadismo digital. A través de imágenes de paisajes exóticos, laptops junto al mar y cafés con vistas panorámicas, se construye una representación idealizada de este estilo de vida. Los influencers y bloggers nómadas se han convertido en figuras clave dentro de esta comunidad, actuando como referentes que no solo inspiran, sino que también establecen las normas sobre qué significa ser un "verdadero" nómada digital.

En mi observación de perfiles populares, noté que muchos de estos creadores de contenido no solo comparten su día a día, sino que también ofrecen guías, cursos y asesorías sobre cómo volverse nómada digital. Esto refuerza la idea de que la comunidad se construye no solo desde la experiencia vivida, sino también desde el consumo de contenido y la participación activa en estas narrativas.

No obstante, este mismo fenómeno genera debates sobre la autenticidad del nomadismo digital. Mientras algunos lo ven como una oportunidad de autonomía y libertad, otros critican la homogeneización del estilo de vida y la presión por encajar en ciertos estándares. En este sentido, Instagram no solo es una herramienta de conexión, sino también un espacio donde se negocian las identidades y los valores de la comunidad.

El uso intensivo de espacios virtuales ha permitido que los nómadas digitales operen como una "nación sin territorio", en la que el sentido de comunidad no depende de la ubicación geográfica, sino de la interconexión a través de plataformas digitales. En este contexto, podemos hablar de cibertopías, espacios imaginados donde la movilidad, la autonomía y la flexibilidad se convierten en los principios fundacionales de esta nación virtual.

Estos espacios no solo sirven para compartir información o establecer contactos, sino que también refuerzan los valores de la comunidad. La constante producción de contenido sobre minimalismo, independencia financiera y bienestar personal actúa como un mecanismo de

socialización, donde los nuevos miembros aprenden a adoptar y reproducir la lógica del nomadismo digital.

Sin embargo, es importante reconocer que estas cibertopías también tienen límites y exclusiones. No todos los nómadas digitales tienen acceso a las mismas oportunidades, y la representación del estilo de vida en redes sociales tiende a omitir las dificultades y desigualdades que existen dentro de la comunidad. La dependencia de plataformas privadas para la organización y el mantenimiento de la comunidad también plantea interrogantes sobre la autonomía real de estos espacios y la sostenibilidad de este modelo a largo plazo.

La nación nómada digital no solo se configura a través del movimiento físico, sino también en los espacios que imagina, proyecta y habita simbólicamente. A falta de una geografía delimitada, esta comunidad encuentra arraigo temporal en lo que Debra Benita Shaw (2008) denomina cibertopías: entornos digitales que no solo median la comunicación, sino que albergan visiones idealizadas de libertad, autenticidad y comunidad. Estas cibertopías no son simples plataformas tecnológicas, sino territorios simbólicos donde se ensayan formas de habitar el mundo y de construir identidad. Aunque muchas veces se experimentan desde la pantalla, su impacto es tangible: moldean prácticas de vida, consumo y pertenencia.

En esta lógica, las cibertopías pueden entenderse como espacios construidos por referencia a otros lugares, contraídos a través de la imaginación, la estética visual y el relato colectivo. Son proyecciones idealizadas de mundos deseables que articulan aspiraciones comunes entre los nómadas digitales, en diálogo constante con lo que se representa como “lo local”, “lo auténtico” o “lo exótico”. No se trata de una evasión del espacio físico, sino de una producción simbólica que da forma a la manera en que ciertos lugares del mundo (como, Tulum o Medellín) son percibidos y habitados.

Michel Foucault (1984), al hablar de las heterotopías, describía estos espacios como reales pero cargados de significación distinta a la del entorno que los contiene: cementerios, jardines o prisiones que funcionan como espejos distorsionados de la sociedad. Aunque su anclaje era material, las características de las heterotopías permiten pensar los entornos digitales como sus versiones contemporáneas. En el caso del nomadismo digital, las cibertopías operan como heterotopías virtuales: zonas de excepción donde se ensayan estilos de vida alternativos y se afirma una identidad globalizada. No obstante, estas también reproducen lógicas de exclusión,

estandarización y vigilancia, lo que nos obliga a mirar críticamente la forma en que se articulan las aspiraciones individuales con las estructuras globales de poder.

En los foros, grupos de Facebook, donde se concentra esta comunidad, se establece una estética común, una narrativa aspiracional y un conjunto de valores compartidos: libertad, autenticidad, emprendimiento, conciencia espiritual y flexibilidad radical. Estas cibertopías ofrecen la sensación de una nación sin Estado, unificada no por historia, lengua o territorio, sino por el consumo simbólico de experiencias, discursos y estilos de vida. Allí se imaginan mundos posibles —más conectados, más conscientes, más ligeros— que luego son puestos en práctica en espacios físicos como Tulum, convertidos también en heterotopías geográficas.

Pero, como advertía Foucault, las heterotopías no son inocentes. Su existencia depende de reglas de acceso, tecnologías de control y discursos de legitimación. Lo mismo ocurre con estas cibertopías: no cualquiera puede ingresar, ni todos tienen la misma voz en ellas. La posibilidad de habitar estas realidades paralelas está mediada por la conectividad, el capital cultural y simbólico, el dominio del inglés, la familiaridad con ciertos códigos. Así, aunque aparentan libertad absoluta, también están marcadas por nuevas formas de exclusión encubierta.

Comprender el nomadismo digital desde esta perspectiva permite ver que su nación no solo se escribe en el pasaporte o en el cuerpo que se desplaza, sino en las narrativas que construyen sus espacios simbólicos. Son estas cibertopías las que alimentan el deseo de pertenecer, al mismo tiempo que producen formas sutiles de normatividad y frontera.

Esta aproximación etnográfica muestra que la comunidad nómada digital no solo se define por su movilidad, sino también por su capacidad para habitar el espacio virtual como un territorio propio. La identidad colectiva de los nómadas digitales se construye y refuerza a través de estas plataformas, donde se negocian los significados de pertenencia, éxito y autenticidad dentro de la comunidad.

Otro de los aspectos de las comunidades nómadas digitales, es que, aunque definidas por su movilidad y su énfasis en la autonomía individual, no son ajenas a la búsqueda de sentido y prácticas espirituales. En este contexto, la religión institucionalizada cede terreno ante formas más fluidas y sincréticas de espiritualidad, influenciadas en gran medida por la corriente de la Nueva Era (New Age). Estas prácticas ofrecen un marco de referencia para la introspección, la sanación y la conexión con otros, funcionando como una suerte de anclaje en la vida errante de los nómadas digitales.

Si bien no existe una afiliación religiosa homogénea dentro de esta comunidad, es posible identificar patrones de creencias y prácticas que se repiten en distintos espacios de convivencia nómada. El yoga, la meditación, el uso de plantas medicinales (como el cacao y la ayahuasca), la astrología y la manifestación a través de la ley de atracción son algunos de los elementos recurrentes. Estas prácticas no solo cumplen una función introspectiva, sino que también facilitan la socialización y la creación de redes de apoyo dentro del nomadismo.

El enfoque espiritual de los nómadas digitales tiende a priorizar la conexión con la energía personal y del entorno, la autosanación y la idea de que cada individuo es responsable de su propio destino. Este marco ideológico está vinculado con la lógica neoliberal de la autosuficiencia y el desarrollo personal como medios para alcanzar el éxito, pero, al mismo tiempo, busca contraponerse a las estructuras tradicionales de trabajo y consumo, proponiendo un estilo de vida más alineado con el bienestar holístico.

La Nueva Era ha permeado de manera significativa la cultura nómada digital. Su énfasis en la autotransformación, la espiritualidad individualizada y la conexión con energías cósmicas resuena con la mentalidad de quienes buscan construir una vida fuera de los esquemas convencionales. Lugares como Bali y Tulum se han convertido en epicentros de este sincretismo espiritual, ofreciendo desde ceremonias de cacao y sesiones de sound healing hasta inmersiones en prácticas ancestrales adaptadas al consumo occidental.

Durante mi estadía en Tulum asistí a una experiencia que condensaba muchos de estos elementos. El encuentro tuvo lugar en Holistika, un centro de retiro inmerso en la selva del barrio La Veleta, al sur de Tulum. Este espacio está diseñado para ofrecer una experiencia integral de bienestar y conexión espiritual. Sus senderos serpentean entre árboles y vegetación espesa, guiando a los visitantes hacia espacios abiertos de arquitectura orgánica donde la naturaleza se mezcla con el arte. Entre ellos se encuentran los shalas, estructuras de madera elevadas con techos de palma, abiertas por todos sus lados, que permiten que la brisa tropical y los sonidos del entorno natural acompañen las prácticas. Al ingresar a uno de estos shalas, se percibe una atmósfera de recogimiento: el aire huele a incienso, la luz entra filtrada por las hojas, y el piso de madera cálida cruje suavemente bajo los pies descalzos.

El evento comenzó antes del amanecer. Mientras el cielo se aclaraba lentamente, los asistentes llegaban en bicicletas, motos alquiladas o caminando. Algunos iban solos, otros en pequeños grupos, vestidos con ropa clara y suelta. La instructora, una mujer europea, nos recibió

con una sonrisa serena y nos pidió dejar los celulares en una cesta al lado de la entrada: un gesto que marcaba el tránsito a un espacio diferenciado del cotidiano, donde la conexión debía ser con uno mismo y con el entorno.

La práctica inició con una meditación guiada. Se nos invitó a cerrar los ojos y conectar con la respiración, visualizando cómo la energía del sol naciente recorría nuestros cuerpos. Esta dimensión simbólica —la conexión con el amanecer como nuevo comienzo— es una constante en las espiritualidades de la Nueva Era. La sesión de yoga que siguió combinaba elementos del vinyasa con afirmaciones sobre la abundancia, respiración profunda y mensajes centrados en la autosanación. La instructora hablaba de "alinear nuestra energía con el propósito de vida" y "soltar los miedos que nos atan a estructuras limitantes". Estas expresiones, aunque provenientes de tradiciones diversas, se fusionaban en un lenguaje común que apelaba al bienestar individual y la expansión de la conciencia.

Al finalizar, se ofreció una ceremonia de cacao. Esta práctica, cada vez más presente en espacios de espiritualidad contemporánea, es una reelaboración moderna de rituales mesoamericanos. En su forma actual, implica beber una preparación de cacao puro —sin endulzantes— en un contexto grupal y meditativo. Se sostiene el cuenco con ambas manos, se cierra los ojos y se formula una intención personal. La facilitadora explicaba que el cacao es una medicina ancestral que abre el corazón y permite reconectar con la esencia interior. Aunque desprovista muchas veces de su profundidad ritual original, esta ceremonia cumple una función emocional clara: ofrece un anclaje afectivo en un estilo de vida que privilegia el movimiento y la independencia.

Otra práctica frecuentemente asociada a estos espacios es el sound healing, o sanación por sonido. Aunque no formó parte del encuentro al que asistí, muchos de los asistentes mencionaban su participación en sesiones anteriores. Esta técnica consiste en la creación de paisajes sonoros —mediante cuencos tibetanos, gongs, tambores u otros instrumentos— que buscan inducir estados de relajación profunda y conexión interna. Se sostiene que ciertas frecuencias vibratorias pueden armonizar el cuerpo, la mente y el espíritu. Sus raíces son diversas, desde tradiciones orientales hasta saberes indígenas, pero en el contexto del nomadismo digital, el sound healing suele ser una experiencia descontextualizada y adaptada al consumo espiritual globalizado. Lo que importa no es tanto su origen cultural, sino la experiencia sensorial e introspectiva que brinda.

Lo que más llama la atención en estos encuentros no es solo la práctica en sí, sino el marco simbólico compartido entre los asistentes. Se habla de "vibraciones", de "frecuencia", de "abrir el tercer ojo" o de "alinearse con el universo". Este vocabulario actúa como un lenguaje común que permite a personas de distintas nacionalidades y trayectorias sentirse parte de una misma comunidad espiritual transnacional. No se trata de una religiosidad institucionalizada, sino de una espiritualidad líquida que se adapta al contexto y al individuo, reforzando una identidad móvil, pero cohesionada simbólicamente.

Al salir del espacio, algunos se quedaban conversando sobre sus próximos destinos, colaboraciones laborales o retiros similares en otros países. Quedaba claro que, más allá del objetivo espiritual, estos encuentros funcionaban también como espacios de socialización y networking. En un estilo de vida donde las relaciones tienden a la fugacidad, estos momentos ofrecían una forma alternativa de arraigo. Aunque efímeros, generaban sensación de pertenencia y contención emocional.

Así, la espiritualidad dentro del nomadismo digital no puede entenderse únicamente como una búsqueda interior. Es también una infraestructura simbólica que permite construir comunidad, reforzar identidades móviles y producir sentido en medio del movimiento. Las prácticas espirituales, lejos de ser elementos marginales, son pilares fundamentales para comprender cómo los nómadas digitales habitan el mundo: con el cuerpo en tránsito, pero buscando constantemente formas de anclaje, conexión y trascendencia.

4.2.El consumo como eje estructurante de la identidad nómada digital.

La identidad nómada digital, lejos de construirse únicamente a partir de la movilidad o el trabajo remoto, se moldea también a través de patrones de consumo que funcionan como marcadores de pertenencia simbólica. No se trata solo de consumir servicios o productos, sino de habitar estéticamente un estilo de vida que se valida en lo visual, en lo saludable, en lo libre y, sobre todo, en lo deseable. Cada decisión —el tipo de alojamiento, la elección del coworking, la participación en rituales espirituales o la selección de un café con wifi rápido y decoración "boho-chic"— responde a una lógica que reafirma una identidad: la de quien sabe habitar el mundo con ligereza, pero con buen gusto; con desapego, pero con capital simbólico. Lo que se muestra en redes sociales —el brunch saludable, el retiro en la selva, la clase de yoga al amanecer— forma

parte de una narrativa estética de consumo que reemplaza otras formas más profundas de arraigo o de pertenencia territorial.

En esta dinámica, el espacio deja de ser simplemente un lugar para convertirse en una mercancía con valor experiencial. Lugares como Lisboa, Medellín o Tulum no son solo puntos geográficos, sino escenarios cuidadosamente elegidos para ofrecer experiencias estéticamente coherentes con los ideales nómadas. Se buscan lugares "auténticos", "espirituales", "salvajes" o "conectados con la naturaleza", pero ese consumo del entorno muchas veces despoja a los territorios de su densidad histórica, social y cultural. La mirada nómada puede tornarse superficial al privilegiar espacios "instagrameables" y adaptados al confort global, invisibilizando las tensiones locales, los conflictos territoriales o los procesos de gentrificación que su misma presencia intensifica.

Este uso simbólico del espacio responde a las "heterotopías": esos lugares que, aunque reales, condensan una lógica distinta a la del entorno en el que se insertan, funcionando como espacios de excepción. En este caso, hablamos de heterotopías del bienestar, enclaves que permiten a los nómadas digitales experimentar un mundo alternativo sin salir del capitalismo. La "cybertopía", como extensión de este concepto, emerge como un no-lugar donde se puede trabajar, sanar, meditar y producir, todo desde una estética desarraigada y sin anclaje histórico. El mundo físico se reconfigura como decorado de una experiencia digitalizada del vivir.

Sin embargo, no todo en la vida nómada cabe dentro de esta lógica de consumo. Hay aspectos que resultan incómodos, inmostrables o improductivos: la enfermedad, la vejez, el duelo, el aburrimiento o incluso la soledad no romántica. No hay retiros espirituales para el agotamiento estructural ni espacios cowork para la pérdida de sentido. El cuerpo doliente, el tiempo improductivo y la emocionalidad compleja tienden a quedar excluidos del relato oficial de esta nación global.

Incluso las prácticas espirituales se moldean bajo esta lógica: se ofrecen en formatos breves, adaptados a la agenda del viajero. Retiros de fin de semana, ceremonias de cacao exprés o sesiones de sound healing con cupos limitados y buena iluminación forman parte de este menú simbólico. Aunque conectan emocionalmente a los participantes, muchas veces pierden su profundidad ritual y se convierten en una experiencia de bienestar más que en una transformación espiritual genuina.

Ser nómada digital también implica, en muchos casos, marcar una distancia con los orígenes culturales propios y ajenos. El estilo de vida que se propone tiende a construirse en contraposición a lo "tradicional", lo "estructurado" o lo "rígido", reforzando una narrativa de libertad individual y desapego. Esta construcción identitaria necesita diferenciarse de lo que se percibe como "limitante": el trabajo estable, la familia extendida, el país de origen, las rutinas fijas.

Del mismo modo, el contacto con las culturas locales suele producirse más como consumo que como convivencia. Se habita el lugar sin necesariamente habitar la historia, el idioma, los códigos sociales o las memorias colectivas que lo atraviesan. Se participa de las formas, pero no siempre del fondo. Así, se configura una subjetividad globalizada, que privilegia la estética sobre la etnografía, la experiencia sobre el vínculo, y que encuentra en el movimiento continuo una manera de evitar el peso del arraigo.

En este marco, la nación nómada digital no solo es una comunidad que se conecta por medios digitales, sino una construcción simbólica que se cohesiona en torno al consumo, la movilidad, la estética del bienestar y la promesa de libertad. Pero, como toda nación, tiene sus límites, sus exclusiones y sus contradicciones.

4.3.Género y desigualdades dentro de la comunidad nómada digital

El nomadismo digital es frecuentemente presentado como un estilo de vida emancipador, donde la flexibilidad y la autonomía permiten a las personas diseñar su propio camino sin las ataduras de una estructura laboral convencional. Sin embargo, al analizarlo desde una perspectiva de género, emergen tensiones entre la igualdad idealizada y las desigualdades reales que atraviesan la experiencia nómada. Aunque muchas mujeres han encontrado en este estilo de vida una forma de independencia, los desafíos de seguridad, la disparidad en oportunidades laborales y las barreras culturales en ciertos destinos siguen marcando diferencias sustanciales en la manera en que hombres y mujeres experimentan la movilidad.

Dentro de la comunidad nómada digital, se observa una tendencia a la equidad de género en términos de participación. En los espacios virtuales y en eventos de networking es común encontrar a mujeres emprendedoras, creadoras de contenido, programadoras, escritoras y consultoras que han adoptado este estilo de vida. Sin embargo, aunque las mujeres han ganado presencia en esta comunidad, su experiencia no es del todo equivalente a la de sus pares masculinos.

Uno de los aspectos en los que se perciben desigualdades es el acceso a oportunidades laborales. Muchas mujeres nómadas digitales han señalado que, aunque en teoría el trabajo remoto elimina barreras de género, en la práctica siguen existiendo brechas salariales y menor reconocimiento en ciertas áreas dominadas por hombres, como la tecnología y las finanzas. Además, en plataformas de trabajo freelance, es común que las mujeres tengan que justificar más sus tarifas o que se enfrenten a sesgos en la contratación.

A nivel social, las dinámicas de género también se reflejan en la distribución de tareas dentro de comunidades nómadas. En espacios de convivencia, como colivings y casas compartidas, algunas mujeres han expresado que suelen asumir más responsabilidades en términos de organización y cuidado del espacio, mientras que los hombres tienden a desentenderse de estos aspectos. Esto evidencia cómo, incluso en un contexto de movilidad y supuesta ruptura con los roles tradicionales, algunas desigualdades persisten.

Uno de los aspectos más marcados de la desigualdad de género en el nomadismo digital es la diferencia en la percepción del riesgo y la seguridad. Mientras que muchos hombres nómadas digitales pueden elegir sus destinos sin preocuparse demasiado por su seguridad personal, para las mujeres la planificación de los viajes involucra una evaluación cuidadosa de los riesgos asociados a cada lugar. En conversaciones con mujeres nómadas digitales, muchas han expresado que no pueden permitirse la misma espontaneidad que sus colegas masculinos. Antes de viajar a un nuevo destino, deben investigar sobre los niveles de acoso callejero, la seguridad en el transporte y la cultura local en relación con las mujeres.

Una nómada digital con la que hablé mencionó que, a pesar de haber viajado a más de 15 países, siempre prioriza aquellos donde sabe que podrá moverse con relativa tranquilidad. Me contó que, cuando vivió en Bali, se sintió segura y libre para explorar, pero cuando estuvo en Marruecos tuvo que modificar su manera de vestir y evitar salir sola de noche para no recibir comentarios incómodos o ser seguida por hombres en la calle.

Otro testimonio recurrente es el de las experiencias en espacios de coworking y eventos de networking. Varias mujeres han mencionado que, en estos espacios, han experimentado situaciones donde su presencia no es tomada tan en serio como la de los hombres, o donde se sienten presionadas a mantener una actitud complaciente para ser aceptadas en círculos profesionales. Algunas también han señalado que han recibido propuestas inapropiadas por parte de otros nómadas en contextos donde lo profesional y lo personal se mezclan.

4.4.Tensiones entre la igualdad idealizada y las desigualdades reales

El discurso que rodea al nomadismo digital enfatiza la igualdad de oportunidades, la meritocracia y la posibilidad de diseñar una vida sin barreras. Sin embargo, la realidad muestra que las estructuras de desigualdad de género no desaparecen simplemente por adoptar un estilo de vida nómada. En la comunidad nómada, la idea de independencia y libertad suele estar basada en un modelo masculino, donde se asume que cualquier persona puede viajar sin preocuparse por su seguridad, negociar sin enfrentar sesgos de género o instalarse en cualquier lugar sin problemas. Para muchas mujeres, la independencia se ve mediada por la necesidad de estrategias adicionales para garantizar su seguridad y por la persistencia de desigualdades en el ámbito laboral.

Es interesante notar que algunas nómadas digitales han desarrollado estrategias para contrarrestar estas desigualdades. Se han creado grupos exclusivos para mujeres, como Female Digital Nomads en Facebook, donde se comparten recomendaciones de destinos seguros, alertas sobre experiencias negativas y consejos para enfrentar situaciones de acoso. Además, han surgido espacios de coworking y colivings orientados a mujeres, donde se busca generar ambientes más seguros y equitativos.

En mi experiencia investigando en redes y hablando con mujeres nómadas digitales, surgieron relatos que evidencian cómo el género sigue siendo un factor determinante en la experiencia del nomadismo.

En un grupo de Facebook para nómadas digitales, una usuaria publicó una pregunta que generó un gran debate:

“Chicas, ¿qué destinos evitarían si viajan solas? Estoy planeando mi próximo viaje y quiero asegurarme de elegir un lugar seguro.”

Las respuestas fueron inmediatas y reveladoras. Muchas mujeres coincidían en que hay destinos donde, a pesar de tener un bajo costo de vida y una comunidad nómada activa, la experiencia de ser mujer viajando sola puede ser incómoda o incluso peligrosa. Algunos mencionaban incidentes de acoso en ciudades como Ciudad de Mexico, Tánger o Bangkok.

Una de las respuestas que más me llamó la atención fue la de Laura, una diseñadora gráfica española que ha sido nómada digital durante cinco años. Me contó que, en su primer año de nomadismo, tuvo que cambiar abruptamente su itinerario después de haber vivido varias experiencias incómodas en Sudamérica:

> Siempre había querido viajar sin planes fijos, pero después de algunos sustos en ciudades donde me sentí demasiado expuesta, entendí que ser mujer y nómada es otro nivel de planificación. Ahora, antes de elegir un destino, investigo si hay otras nómadas digitales en la zona y cómo es la seguridad para mujeres. (Laura, comunicación personal, 15 de abril del 2024).

Otra mujer, Camila, originaria de Argentina, compartió una perspectiva distinta. Para ella, el principal desafío ha sido el ámbito laboral:

> Trabajando de forma remota, creí que la brecha de género no sería un problema, pero me he dado cuenta de que en muchas plataformas de freelance me cuesta más conseguir clientes bien pagos. También he notado que en algunos eventos de nómadas digitales hay cierta resistencia a aceptar mujeres en roles de liderazgo. (Camila, comunicación personal, 30 de enero de 2024).

Estos testimonios ilustran que, aunque el nomadismo digital permite a muchas mujeres diseñar una vida con mayor independencia, la movilidad y la flexibilidad no eliminan las desigualdades estructurales de género. La comunidad nómada digital sigue siendo un reflejo de las dinámicas sociales más amplias, donde las mujeres deben negociar constantemente su autonomía en un mundo que aún no ofrece las mismas condiciones para todos.

Benedict Anderson (1983) conceptualiza la nación como una “comunidad imaginada”, es decir, un grupo de personas que, aunque no se conozcan personalmente, comparten una identidad colectiva construida a través de discursos, símbolos y prácticas comunes. Desde esta perspectiva, la comunidad nómada digital encaja en la definición, ya que sus miembros se identifican entre sí a partir de valores como la autonomía, la flexibilidad y la ruptura con el modelo tradicional de trabajo y vida. Las redes sociales, los espacios de coworking y las plataformas digitales actúan como vehículos para reforzar esta identidad, permitiendo que los nómadas se reconozcan como parte de un mismo colectivo a pesar de su dispersión geográfica.

El mundo digital es el eje que sostiene la existencia de esta comunidad. Las redes sociales, grupos de Facebook, foros de Slack, canales de WhatsApp y plataformas de contenido han sido fundamentales para que los nómadas digitales encuentren información, compartan experiencias y

construyan redes de apoyo. A diferencia de comunidades tradicionales que dependen de la proximidad física para su cohesión, los nómadas digitales han logrado crear una comunidad basada en la interconectividad y el acceso constante a espacios virtuales de interacción. Sin estas herramientas, el nomadismo digital perdería gran parte de su estructura y viabilidad. La información sobre destinos, oportunidades laborales y consejos de viaje circula a través de estos medios, permitiendo que los nómadas accedan a recursos que facilitan su estilo de vida. Además, estas redes cumplen una función afectiva y emocional, ya que permiten que los miembros de la comunidad se acompañen a pesar de la distancia física, reduciendo el impacto del aislamiento que puede generar la vida en constante movimiento.

Aun así, la dependencia de lo virtual también plantea desafíos. La pertenencia a esta comunidad está mediada por el acceso a internet y la participación activa en estos espacios digitales, lo que puede generar exclusión para aquellos que no cuentan con las herramientas tecnológicas o las habilidades para insertarse en estos circuitos. Además, el carácter efímero de las interacciones digitales puede hacer que las relaciones dentro de la comunidad sean más frágiles y superficiales en comparación con los vínculos que se generan en comunidades físicas tradicionales.

En este recorrido, observamos cómo la nación nómada digital se constituye no solo desde la movilidad o la tecnología, sino a través de marcos simbólicos que estructuran su sentido de pertenencia: el consumo, la espiritualidad, el desapego cultural, la estética del bienestar y la celebración de la flexibilidad. Sin embargo, estas formas de habitar el mundo también revelan sus límites. La libertad que enarbolan no siempre logra emanciparse de las lógicas neoliberales que condicionan el acceso, la visibilidad y el valor de las experiencias. Lejos de ser una comunidad homogénea, el universo nómada digital está atravesado por jerarquías, contradicciones y silencios que merecen ser pensados.

Este capítulo no busca clausurar esa reflexión, sino dejarla abierta para seguir interrogando cómo se construyen hoy las nuevas formas de pertenencia, qué ideales las sustentan, y qué otras formas de habitar –quizás menos visibles– quedan fuera del marco. Así, más que una utopía digital, este análisis nos invita a mirar con atención las fronteras simbólicas y materiales que se (re)dibujan en nombre de la libertad.

Conclusiones: entre el deseo de libertad y las fronteras invisibles

Esta investigación nació con el propósito de comprender, desde una mirada antropológica, un fenómeno contemporáneo que ha cobrado cada vez mayor visibilidad: el nomadismo digital. A lo largo de los capítulos anteriores se abordaron sus múltiples dimensiones —motivacionales, temporales, territoriales, simbólicas y comunitarias— con el fin de deconstruir las narrativas idealizadas que lo presentan como una forma de vida libre, flexible y plenamente autodeterminada. Mediante el trabajo de campo, las observaciones etnográficas y el análisis teórico, se evidenció que el nomadismo digital está profundamente atravesado por desigualdades estructurales, jerarquías de movilidad y regímenes globales de control.

Uno de los hallazgos más relevantes es que la aparente libertad que define al nomadismo digital no es igual para todos los cuerpos ni para todos los pasaportes. Como han expuesto autores como Scheel (2019) y Salter (2006), las políticas migratorias y los dispositivos burocráticos configuran una estratificación global de la movilidad, donde las posibilidades de circulación están determinadas por la ciudadanía, el origen nacional, el color de piel y el capital económico. En esta tesis, esta idea se hizo tangible al contrastar las experiencias de nómadas del norte global —para quienes moverse es una extensión de su ciudadanía— con las estrategias de los nómadas del sur global, quienes deben negociar constantemente con restricciones, visados, vigilancia y sospecha institucional.

Asimismo, el análisis del tiempo en el nomadismo digital mostró que, si bien se plantea como un modelo de autonomía temporal, en realidad se encuentra altamente estructurado. Los horarios no están regidos por oficinas, pero sí por husos horarios, deadlines, zonas de conexión y fechas de vencimiento migratorio. La gestión del tiempo se convierte en un ejercicio de racionalidad estratégica, donde la flexibilidad convive con el control. Como lo señala Harvey (1989), la compresión espacio-temporal del capitalismo contemporáneo no elimina las barreras, sino que las reconfigura. Esta reconfiguración se expresa en la necesidad de organizar la vida en hojas de cálculo, planificar cada desplazamiento y sincronizar constantemente lo laboral con lo geográfico.

En tercer lugar, se identificó que el nomadismo digital no es solo una práctica laboral deslocalizada, sino una forma de habitar el mundo. En ella confluyen motivaciones existenciales, pulsiones de descubrimiento, deseos de reinvención y también estrategias de evasión frente a

estructuras tradicionales. En ese sentido, los nómadas digitales no son meros trabajadores móviles, sino sujetos en búsqueda de sentido, de comunidad y de espacios donde puedan redefinir su identidad, muchas veces lejos del país de origen. Esta pulsión, aunque impulsada por la flexibilidad tecnológica y económica, conecta también con dimensiones antropológicas más profundas: el deseo de moverse, de buscar lo desconocido, de desestabilizar lo dado.

Sin embargo, ese movimiento también produce efectos: fragilidad emocional, soledad, incertidumbre. Es en este contexto donde cobran especial relevancia los espacios físicos y simbólicos que permiten anclajes transitorios: coworkings, colivings, espacios de turismos espiritual , grupos virtuales y eventos como los Gringo Tuesdays, se configuran como verdaderos territorios de socialización donde se construyen vínculos efímeros pero significativos. Estos espacios no solo responden a una necesidad logística, sino que funcionan como escenarios de producción simbólica donde se negocian pertenencias, se reproducen jerarquías internas y se sostienen identidades móviles.

Además, la investigación mostró que la espiritualidad contemporánea, especialmente en su vertiente ligada a la Nueva Era, desempeña un papel relevante dentro de estas formas de vida móviles. Prácticas como el yoga, la meditación, la astrología o los rituales con cacao funcionan como formas de contención emocional y búsqueda de sentido en un contexto marcado por la incertidumbre. Estas prácticas, si bien otorgan estructura simbólica a la vida en tránsito, también ponen en evidencia tensiones éticas sobre la apropiación cultural, la estetización de lo espiritual y su inserción en lógicas de consumo global. Tal como se evidenció en los relatos etnográficos, la espiritualidad se vuelve un lenguaje común dentro de la comunidad nómada, reforzando sentidos de pertenencia que trascienden el territorio físico.

Finalmente, esta investigación permitió reconocer que el nomadismo digital no puede ser comprendido únicamente desde la mirada técnica del trabajo remoto, ni desde una visión homogénea de los sujetos que lo practican. Requiere una lectura compleja y situada, que considere las dimensiones materiales, simbólicas, afectivas y políticas que lo atraviesan. Desde la antropología, el ejercicio consistió en volver visibles las contradicciones, los silencios, los privilegios y las exclusiones que esta práctica produce, así como en recuperar la densidad humana de quienes la encarnan.

En suma, el nomadismo digital no representa una ruptura absoluta con las estructuras contemporáneas de vida, sino una reformulación de las mismas en clave global. Constituye un modelo que encarna las tensiones entre deseo y restricción, entre libertad y regulación, entre movilidad y arraigo. Su estudio no solo permite comprender mejor los efectos de la globalización sobre las formas de vida, sino también pensar en las condiciones necesarias para que esa movilidad —tan idealizada— no sea solo un privilegio de unos pocos, sino un derecho más equitativamente distribuido.

Por último, esta tesis no sólo representó una investigación académica, sino también un viaje personal. Observar a otros en sus trayectos, escuchar sus relatos y acompañar sus formas de habitar el mundo me llevó, inevitablemente, a revisar mis propias formas de moverme, mis deseos y mis límites. Como antropóloga en formación, vivenciar la etnografía no sólo me permitió comprender mejor al otro, sino también reconocerme en las preguntas, en las contradicciones y en los silencios. Esta experiencia confirma que hacer antropología no es únicamente un ejercicio de análisis, sino también de posicionamiento, de sensibilidad y de escucha. En este sentido, este trabajo ha sido tanto una mirada hacia afuera como una reflexión profunda hacia adentro.

Referencias

Augé, M. (1995). *Los "no lugares": Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (2.ª ed.). Gedisa.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo De Cultura Economica

Balibar, É. (2002). *Politics and the other scene.* Verso.

Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241–258). Greenwood Press.

Cocola-Gant, A. (2016). *Alojamiento turístico y desplazamiento de población: El caso de Lisboa.* Congreso Internacional Contested-Cities, Madrid 2016, 1–15.

De Genova, N. P. (2002). Migrant "illegality" and deportability in everyday life. *Annual Review of Anthropology,* 31, 419–447.

Foucault, M. (2008). *Otros espacios. En Topologías: nuevos espacios críticos.* Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Glissant, É. (1997). *Poetics of relation (B. Wing, Trad.).* University of Michigan Press.

Graeber, D. (2018). *Bullshit jobs: A theory*. Simon & Schuster.

Grosfoguel, R. (2006). World-system analysis and postcolonial studies: A call for a dialogue from the "coloniality of power" approach. *Postcolonial Studies*, 9(1), 63–80. https://doi.org/10.1080/13688790600657889

Harvey, D. (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change.* Oxford: Blackwell.

Lorey, I. (2015). *State of insecurity: Government of the precarious* (A. Derieg, Trans.). Verso Books.

Maffesoli, M. (2005). *El nomadismo: Vagabundeos iniciáticos* (D. Gutiérrez Martínez, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en francés en 1997 como *Du nomadisme. Vagabondages initiatiques*)

Marx, K. (1867). *El capital: Crítica de la economía política*. Volumen I. Fondo de Cultura Económica.

Ong, A. (1999) *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality.* Duke University Press.

Quijano, A. (2000). *Coloniality of power, Eurocentrism, and Latin America*. *Nepantla: Views from South,* 1(3), 533–580. https://doi.org/10.1177/0268580900015002005

Said, E. W. (2003). *Orientalism*. Penguin Books. (Obra original publicada en 1978)

Salazar, N. B. (2018). Mobility. In H. Callan (Ed.), *The international encyclopedia of anthropology* (pp. 1–11). Wiley. https://doi.org/10.1002/9781118924396.wbiea1677

Salter, M. B. (2006). The global visa regime and the political technologies of the international self: Borders, bodies, biopolitics. *Alternatives: Global, Local, Political*, 31(2), 167–189. https://doi.org/10.1177/030437540603100203

Scheel, S. (2019). *Autonomy of migration? Approaching mobility as a social movement.* Routledge.

Scholten, P., Entzinger, H., Penninx, R., & Verbeek, S. (Eds.). (2015). *Integrating immigrants in Europe: Research-policy dialogues*. Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-16256-0

Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo* (M. A. Galmarini, Trad.). Anagrama. (Obra original publicada en inglés en 2006 como *The culture of the new capitalism*)

Tazzioli, M. (2020). Governing migrant mobility through mobility: Containment and dispersal at the internal frontiers of Europe. *Environment and Planning C: Politics and Space, 38*(1), 3–19. https://doi.org/10.1177/2399654419886130

Urry, J. (2007). *Mobilities.* Polity Pres